

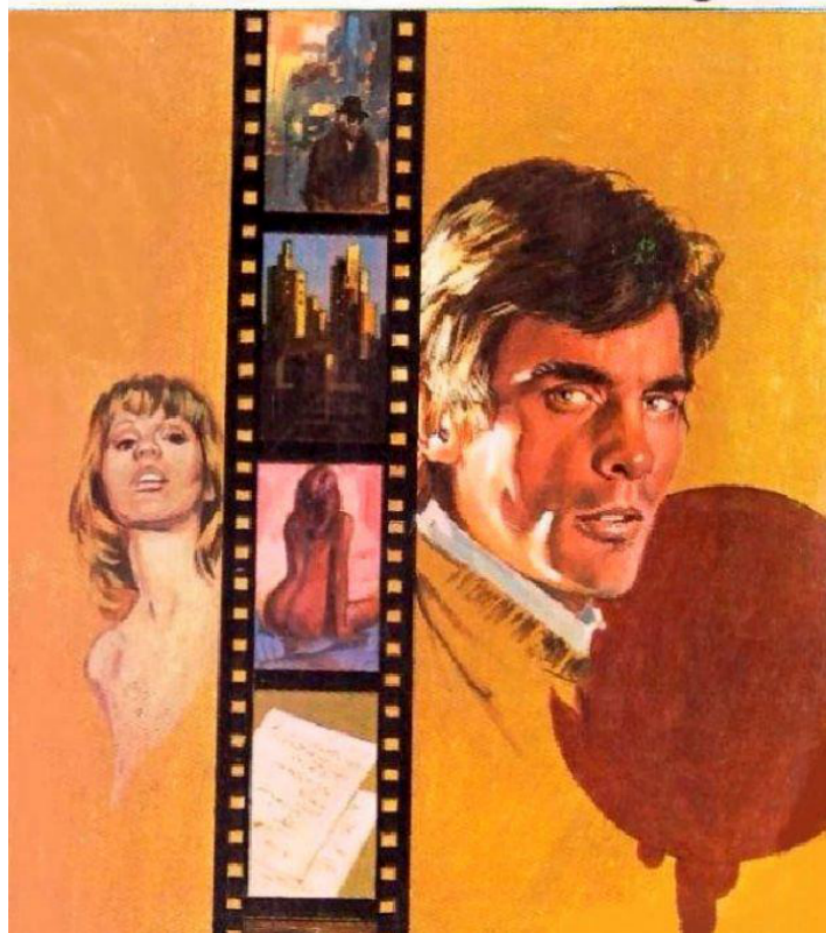
BOLSILLOS BRUJERÍA

PUNTO

ROJO

# ESPIA PROFESIONAL

Lou Carrigan





COLECCION

# PUNTO ROJO







LOU CARRIGAN

**ESPIA  
PROFESIONAL**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 838  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.987 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: mayo, 1978

© Lou Carrigan - 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978





ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

384 — Corazón de oro.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

238 — Chivo expiatorio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

318 — Manos que perdonan.

En Colección PUNTO ROJO:

835 — Sobre un cadáver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.448 — Plan «Alas de Oro».



## CAPÍTULO PRIMERO

Lloyd Payne se estaba afeitando cuando sonó la llamada a la puerta. Paró la máquina, la dejó sobre la repisa de vidrio y fue a abrir, silbando despreocupadamente.

Abrió la puerta.

Llevaba las cejas un poco alzadas en el primer tiempo de interrogación. Pero cuando vio al hombre, las cejas bajaron bruscamente y, en seguida, se fruncieron. Y, sin transición, una luz de reconocimiento pasó por sus ojos.

—Williams...

El hombre que estaba ante la puerta torció los labios hacia un lado.

—Hola, Payne —susurró.

Lloyd Payne parpadeó. Ahora parecía asombrado.

—Terrill Williams —repitió—. Esto sí que es una sorpresa...

—¿Puedo pasar?

—Adelante.

Terrill Williams medía más de seis pies, tenía los cabellos castaños, los ojos negríssimos, la boca alargada en un gesto duro, la mandíbula saliente, puntiaguda. Los hombros eran muy anchos y podía pensarse que eran de roca.

Era una lástima que Terrill Williams no vistiese como correspondía a su cuerpo elegante y atlético. Eso sí, Williams iba bien afeitado y peinado y su rostro era casi como una visión de pantalla de cine, varonil y atractivo, a pesar de la dureza de los labios.

Lloyd Payne sonrió débilmente.

—Bien... No parece que las cosas te vayan muy bien, ¿eh?

—Te equivocas. Me van estupendamente.

Payne miró de nuevo el atuendo de Williams.

—¿De veras? Bueno, me alegro... Bien, tú dirás, Williams.

—¿Te estabas afeitando?

—Sí.

—Acaba. Será mejor.

—Está bien. Si te apetece un trago, encontrarás de varias clases en el mueble-bar.

—Tomaré *whisky*. Gracias.

—Yo iba a cenar algo ahora. Si no tienes prisa, asaltaremos el refrigerador entre los dos.

—No tengo prisa.

—Entonces —sonrió Payne— iremos al asalto dentro de unos minutos; como en los buenos tiempos allá en Corea, ¿eh, Terrill?

—Como en los buenos tiempos.

Acabare de afeitarme. En seguida estoy listo.

Muy bien.

Payne regresó al cuarto de baño y al instante se oía el zumbido suave de la máquina de afeitar.

Terrill sacó un paquete de cigarrillos, se colocó uno en los labios y lo encendió con un mechero más grande que el paquete de cigarrillos y que al accionarlo emitía una dulce musiquilla. Lo miró críticamente y volvió a dejarlo sobre la mesita.

El sonido de la máquina de afeitar cesó. Luego se oyó el del agua, luego nada, y entonces apareció Lloyd, afeitado y peinado, lustroso, oliendo a loción cara y poniéndose una camisa de ochenta dólares.

—¡Bueno...! —sonrió—. Cuéntame algo de tu vida, Terrill Williams. Te aseguro que jamás se me ocurrió que podríamos volver a vernos.

—¿Por qué no?

—¡Qué sé yo...! ¿A qué te dedicas?

—A nada que dé dinero. Pero te aseguro que vale la pena.

—¿No da dinero y vale la pena? —Rió Payne—. Eso es algo que no podré creer fácilmente. ¿Qué es ello?

—Me he dedicado todos estos meses a seguirte, Payne.

La sonrisa de Lloyd Payne quedó helada en el rostro.

—¿Cómo... dices?

Terrill sonrió y bebió otro sorbo de *whisky* con hielo. No perdía de vista a Payne; era como la fiera que tiene acorralada a la pieza del día.

—Digo que me he dedicado a seguir, Lloyd Payne.

—Pe... pero... ¿para qué? No te... comprendo, Terrill.

—Ya lo supongo.

—¿No querías explicarte...?

—Por supuesto: estoy aquí para eso, Lloyd.

—Bien... Te escucho...

—Ocurre que hay muy pocas cosas que explicar, Lloyd; ésa es la verdad.

—De todos modos...

—¡Oh!, sí, las voy a explicar. Verás: durante estos meses transcurridos desde que nos repatriaron desde Corea no he trabajado en nada...

—Si necesitas din...

—No, no. Ya sé que mi aspecto no es muy bueno —sonrió; pero la sonrisa sólo contribuyó a que Lloyd Payne palideciese. Había visto aquella misma sonrisa en otras ocasiones, en Corea—. Sin embargo, eso no tiene importancia. Espero mejorar de situación muy pronto, Lloyd. Concretamente cuando acabe mi trabajo.

—¿Qué trabajo? Acabas de decir...

—Bueno, esto es algo complicado de explicar. Ocurre que no es propiamente un trabajo, pero yo lo llamo trabajo. ¿Entiendes?

—Creo que no mucho, la verdad.

—¿Un muchacho tan inteligente como tú y no entiende esto? Pues mira: llamo trabajo a una cosa que no me rinde dinero, Pero que me ocupa mucho tiempo. Meses, Lloyd. No se le podría llamar trabajo porque no da dinero, pero le llamo trabajo porque me tiene muy ocupado... ¿Lo entiendes ahora?

—Un poco mejor, sí. Y ese «trabajo»... ¿ha sido seguirme a mí, Terrill?

—Pues sí. ¿Y sabes para qué, Lloyd?

—Claro que no.

—Bueno, siguiéndote a ti noche y día he conocido a otras personas.

—Me parece una..., una tontería.

—No lo creas. Mira, siguiéndote a ti he viajado a Nueva York, Boston, Washington, Baltimore y Richmond. A estas alturas me queda ya poco dinero. Y no habría podido seguirte si me lo hubiese gastado en tonterías, tales como buenos trajes, buenas comidas y

buenos hoteles. Para ahorrar incluso centavos, Lloyd, he pasado hambre. Ahora mismo, por ejemplo, tengo un hambre espantosa.

Llody Payne estaba pálido otra vez. Se pasó la lengua por los labios.

—En el refrigerador...

—Oh, ya he visto que está bien provisto. Pero mi hambre puede esperar algo más, Lloyd. Esto... ¿No me preguntas lo que he descubierto siguiéndote a esos lugares?

—¿Qué... has descubierto?

—Lo sabrías ahora mismo si pudiésemos revelar cierto microfilme.

—Pero tú sabes qué contiene ese microfilme, ¿no?

—Naturalmente. Contiene ocho microfotos de otros tantos hombres. Y una novena microfoto con los nombres y direcciones en Estados Unidos de esos ocho hombres. Uno de ellos eres tú, Payne. ¿Te digo los nombres de esos hombres?

La palidez de Lloyd Payne había llegado al máximo.

—No... No es necesario...

—¿Verdad que no? —Volvió a sonreír Terrill.

—¿Qué te propones, Terrill? —musitó Payne.

—Quiero trescientos mil dólares.

Pareció que Lloyd Payne fuese a saltar del sofá, pero una de las manos de Williams se clavó en su hombro y pareció quedar pegado al sofá.

—¡Trescientos mil dólares! ¿Estás loco?

—Tú sabes que no, Lloyd; trescientos mil dólares por ese microfilme no es demasiado dinero.

—¡Pero yo no tengo esa cantidad! —chilló Payne.

—Es que no voy a pedírtela a ti.

—¿A quién entonces?

—¿De qué iba a servirte saberlo, Lloyd?

—Espera... No, no; espera Terrill... ¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que van a pagarme ese dinero. ¡Ya lo creo que lo pagarán! Pero a ti nada de eso va a importarte cuando yo me vaya de aquí, Lloyd.

Diciendo esto, Terrill Williams sacó una pistola, provista de silenciador, que quedó inmediatamente apuntada al pecho de Lloyd Payne. Éste sobrepasó ya la palidez máxima. Quedó lívido, mudo de

miedo, temblando de angustia.

—Te... Terrill, esp... espera...

—No hay nada que esperar, Lloyd; tú sabes que esto no va a ser un asesinato, sino una ejecución.

Payne se puso en pie, sin que esta vez se lo impidiese su visitante. Fue retrocediendo hacia la librería, con las manos tendidas hacia Williams, temblorosas.

—Terrill..., no puedes... hacer eso... Haré lo que quieras, iré adonde tú quieras... Te lo suplico, no..., no me mates...

Lloyd Payne retrocedía, tartamudeando, mientras Terrill Williams lo miraba fríamente, imperturbable. Cuando Payne llegó a la librería su espalda chocó contra la madera y el hombre respingó. Pareció querer atravesar la librería. Llevó las manos atrás, empujando...

—Te conseguiré... ese dinero... No tienes por qué matarme, Terrill...

—No lo comprendes, Lloyd. De los demás sí voy a aceptar el dinero. Pero no de ti. Los otros siete hombres me darán los trescientos mil dólares Aunque te haya matado. Hasta es posible que les cobre algo más por esta ejecución. Quiero que sepas una cosa: aunque me ofrecieses trescientos mil millones te mataría. Adiós, Lloyd.

Sonrió despectivamente cuando Payne sacó una de las manos, que había tenido pegadas a la librería, mostrando la pistola que había estado sacando de un cajón mientras imploraba por su vida.

Plop.

Payne fue aplastado contra la librería, la pistola cayó al suelo, las piernas se le doblaron y cayó de rodillas.

De pronto, Lloyd Payne cayó hacia adelante, chocando de cara contra el piso.

Terrill Williams lo estuvo mirando unos segundos, como si fuera un simple pedrusco a un lado del camino.

Llegó junto a Lloyd Payne, se inclinó sobre él y le puso la mano libre en el cuello.

Estaba muy muerto.

—¿Hay huellas? —preguntó Pat Butchers, agente del FBI, encargado de la investigación.

—¿Que si hay huellas? Un elefante no habría dejado más que el

asesino.

—¡Asombroso!

—También yo lo creo así. Fíjate, Pat; hay huellas en el refrigerador, en ese encendedor con música, en un vaso del mueblebar, en el pomo de la puerta, en el billetero de la víctima...

—¡Qué barbaridad...! No me gusta.

—Bueno, tenemos las huellas. Ya veremos qué pasa. ¿Las envió?

—Claro. Espera. ¿Son todas del mismo hombre?

—Me apuesto la cabeza.

—Bien, a Washington con ellas.

—Vale.

Weible continuó su trabajo. Pat Butchers se acercó al forense.

—¿Algo interesante? —preguntó.

—Psé, un hombre muerto. Es lo lógico cuando le meten una bala en el corazón.

—¿Tiempo?

—Demasiado para poder decirlo ahora.

—Más o menos...

—Veinte horas o por ahí.

—Bien, gracias. ¿Habéis encontrado vosotros algo más?

Había otros tres agentes registrando el apartamento. Sobre la mesita del *living* habían depositado ya una libreta conteniendo los modelos de no menos de una docena de claves, la pistola hallada junto al cadáver, un libro abierto, cuyas hojas habían sido recortadas, dejando los bordes intactos y en cuyo hueco había un pequeño radiotransmisor de gran potencia: una documentación a nombre de John Riesler, pero cuya fotografía era la del cadáver; una pitillera-pistola cuyos proyectiles eran finas agujas que emitían un olor desagradable.

Lo primero que había encontrado la policía había sido el libro. Inmediatamente fue pasado aviso al FBI, ya que resultaba evidente que la muerte estaba relacionada con el espionaje.

—Todo está ahí —contestó uno de los agentes. Por el momento no hay nada más.

El inspector Max Cotter escuchaba atentamente a Pat Butchers.

—... Por todas partes. En la puerta, en el refrigerador... Weible dice que un elefante no habría dejado más.

—Desde luego. ¿Crees que ha sido un exterminio, Pat?

—Lo sabremos cuando nos contesten de Washington.

—¡Oh, las huellas...! Llegó ya el informe.

—¿Las huellas?

—Claro.

—¿Las del asesino?

—Y las de la víctima.

—¿Estaban en el archivo?

Y con todos los honores. ¿Quieres leer los informes, Pat?

—Desde luego. ¿Interesantes o vulgares?

—Bueno, lee tú esos informes, a ver qué conclusiones obtienes.

Tendió dos informes al agente encargado del caso. Butchers se quedó bastante sorprendido al primer vistazo.

—Esto... Parecen idénticos... ¿No?

—Léelos, Pat.

—Sí, señor.

Se fue a un sillón y se sentó. No había por qué precipitarse. A veces, una sola coma mal interpretada podía dar lugar a errores.

Pero no había errores en los informes. No podía haberlos, puesto que habían llegado desde Washington. Estaban bien claros.

Uno de ellos decía:

«Lloyd Payne, veintisiete años, natural de Ellenville, Nueva York, soltero, cinco pies diez pulgadas, rubio, ojos azules, primera clase, promovido a cabo en 1951 a sargento en 1952. Prisionero de guerra canjeado por el tratado de Panmunjon. Máxima puntuación en servicios especiales. Herido dos veces. Combatiente de primera línea. Repatriado en el primer turno».

El segundo informe decía:

«Terrill Williams, veintiocho años, natural de Ellenville, Nueva York, soltero, seis pies dos pulgadas, cabellos castaños, ojos negros, primera clase, promovido a cabo en 1950, a sargento en 1950, pasa por alto sargento mayor y llega a teniente en 1951. Prisionero de guerra en las peores marchas coreanas. Canjeado por el tratado de Panmunjon. Puntuación

fuera de serie en todos los servicios ordinarios, extraordinarios y especiales de vanguardia y avanzada infiltración e información, espionaje y contraespionaje. Fotografía y cartografía aérea y terrestre, políglota, dibujante, estratega absoluto, don de mando, inteligencia también fuera de serie. En todo momento, combatiente de primera línea, sin tener en cuenta las avanzadas extraordinarias y especiales. Herido cuatro veces. Dos de ellas por bayonetazos a sangre fría estando prisionero. Repatriado en el primer turno».

—¡Por Dios! —susurró—. ¿Éste es el hombre que ha asesinado a un compañero de guerra?

—Ésa es la misma pregunta que me he hecho yo, Pat. ¿Tú qué opinas?

—Pero... ¡Oh, vamos! Este hombre no puede ser un asesino...

—¿Por qué no?

—Bueno..., sólo hay que mirarle a los ojos.

—Si lo miras bien, Pat, te darás cuenta de que no hay nada en el mundo que ese hombre no sea capaz de hacer.

—Sí, pero ¿cuál es su opinión, señor?

—No la tengo todavía definida. En principio, podemos pensar que ese Terrill Williams es ahora un traidor. También lo era el hombre llamado Lloyd Payne. Y por algún motivo que nosotros no podemos adivinar ahora, Williams se vio obligado a matar a Payne.

—¿Dejando el apartamento lleno de huellas? —farfulló Pat.

—Eso es lo absurdo del asunto. Un hombre como parece ser ese Terrill Williams no tiene un pelo de tonto: fotógrafo, dibujante, políglota, estratega, servicios especiales...

—Además de eso, dejó libretas con claves, una radio dentro de un libro, un pasaporte falso que, según parece, utilizaba Lloyd Payne; una pitillera-pistola con... ¿Con qué diría usted, señor?

—Creo saberlo... —sonrió Cotter—. Pero dímelo.

—La pistola de la pitillera disparaba agujas con una capa de cianuro. Mortales al segundo. Todo eso no lo deja un espía que «liquida» a otro para sellar su boca.

—Cierto; no lo deja. Hay varias cosas en esto que me tienen asombrado. Pero hay una que me tiene intrigadísimo.

—¿Y es...?

—Ésta: ¿por qué un asesino deja tan claras huellas de su paso, de su personalidad, y por qué deja tantos detalles comprometedores para la víctima?

Pat suspiró.

—¿Lo buscamos, señor? —preguntó al fin.

—No —dijo el inspector del FBI—. No es necesario que lo busquemos, Pat. Terrill Williams es uno de esos hombres a los que resulta difícil encontrar. Por otra parte, estoy seguro de que él mismo vendrá a nosotros. Ya lo verás.

## CAPÍTULO II

Forrest Devine miró con disgusto al teléfono apenas éste lanzó el primer repiqueteo. Casi lo sobresaltó. Estaba tumbado en el amplísimo sofá encarado al ventanal que se cernía sobre Central Park. Lo descolgó cuando ya el repiqueteo empezaba a ponerle nervioso.

—¡Diga! —Gruñó.

—¿Ylinof?

Forrest Devine palideció. Se quedó sin habla durante el tiempo suficiente para que su turbación resultase indiscutible.

—Se..., se equivoca, amigo...

Se disponía a colgar, pero la seca voz advirtió, como si estuviese viéndolo y hasta adivinando sus intenciones.

—No cuelgue, Ylinof; eso sería mucho peor para usted... y para otros.

Forrest Devine decidió calmarse a toda costa.

—¡Oh, está bien! —Rió campechanamente—; si es una broma, estoy dispuesto a aceptarla. ¿De qué quiere que hablemos, amigo?

—¿Le parece bien de espionaje?

—No.

No era una broma.

—Oiga, mi nombre no es...

—No es Forrest Devine. Pero sí es Ylinof.

—Mire, yo no puedo perder el tiempo en tonterías que...

—Usted sabe perfectamente que no son tonterías, Ylinof. Y que no estamos perdiendo el tiempo. Voy a decirle algo: ¿tenía usted en su apartamento, en la terraza que da a la Quinta Avenida, unas cuantas plantas y flores?

—¡Pero qué tonterías...!

—Repito que no son tonterías. Veamos: una de esas plantas es de hortensias moradas; ¿sí o no?

—¡Eh...! No lo sé, nunca me he fijado en eso.

—Hizo mal, Ylinof. Escuche: salga a la terraza, vaya a la tercera planta por la izquierda, y verá que son hortensias. Hay seis flores en esa planta, grandes y lozanas. Fíjese en una de ellas, la que está más en el centro. Verá que tiene amarrado al tallo un hilo amarillo, muy delgado, formando lazo. ¿Quiere ir a comprobarlo?

—¿Quién es usted?

—Ante todo, vaya a comprobar eso.

Forrest Devine obedeció. Salió a la terraza. En efecto, la tercera planta de la izquierda era de hortensias; había seis, y en la que estaba más al centro había un diminuto lazo de hilo amarillo.

Devine se mordió los labios y regresó junto al teléfono. Alzó el auricular.

—Correcto —susurró—. Y ahora dígame...

—Un momento —cortó secamente la voz—. Usted tiene una bonita biblioteca en el apartamento, Ylinof, ¿no es así?

—Mi nombre...

—Vaya a la biblioteca, coja el libro de «Historia de Estados Unidos» y ábralo. Usted tiene allá, como en una caja de bombones, una pequeña radioemisora de considerable potencia. Observe que está estropeada y que, además, hay una colilla de cigarrillo en el interior de tan interesante libro. Para su exacto conocimiento de la situación, voy a decirle que, desde luego, no es ninguna broma. Vaya a ver eso, Ylinof.

Forrest Devine obedeció. Cuando sacó el libro de «Historia de Estados Unidos» sabía ya que aquel hombre no estaba gastándole ninguna broma.

En efecto.

Como él muy bien sabía, allí dentro, estaba la pequeña emisora. Estropeada. Además, enganchada con chicle a uno de los auriculares, había una colilla de cigarrillo. Devine no tocó nada de eso. Cerró el libro, lo puso en su sitio y volvió una vez más al teléfono.

—¿Oiga...?

—Todavía estoy aquí, Ylinof. ¿Vio lo que le dije?

—Sí.

—Bien. El lacito amarillo en la planta y la colilla en la emisora los he puesto yo. Eso prueba, señor Ylinof, que he estado en su

apartamento..., aprovechando una ausencia de usted, naturalmente. Debo decirle también que, además de esa radioemisora, he descubierto otras cosas... ¿Las digo?

—No.

—De acuerdo. En tal caso, Ylinof, vayamos al grano. Sé perfectamente que es usted un espía. Del mismo modo, conozco a algunos compañeros suyos...

—¿A cuáles?

—¡Oh, no me crea tan idiota! Algunos, simplemente. En total, contándole a usted, son siete. De los siete tengo fotografías, así como su nombre en Estados Unidos y su dirección en las ciudades en que han sido colocados como residentes. De algunos sé incluso sus nombres auténticos. No crea que ha sido fácil averiguar todo eso, Ylinof.

—Lo supongo. ¿Qué es lo que quiere? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Quiero trescientos mil dólares.

—¿A cambio de qué?

—Se lo he dicho ya: a cambio de siete fotografías, claro. Obtenidas con cámara especial. Son tan pequeñas, que cabrían en una bala... Pero usted no quiere un balazo, Ylinof, sino esas microfotos, ¿no es cierto?

—¿Ha dicho trescientos mil dólares?

—Ni un centavo menos.

—No los tengo...

—Sé que no los tiene ahora en efectivo. Por lo tanto, le concedo un día para reunir esa cantidad. Sólo un día.

—Llámeme mañana y le diré...

—¡No sea estúpido! No voy a volver a llamarlo.

Quiero trescientos mil dólares, y eso es todo. Mañana, a las doce de la noche, quiero verlo a usted en el puente de Brooklyn con una cartera que contenga esa cantidad. Me esperará en la punta del puente que da a Brooklyn, me entregará esa cartera y yo le entregaré el microfilme con las fotos de usted y sus compañeros.

Le conozco a usted, Ylinof, No olvide que tengo una foto suya. No admitiré bromas... No soy un estúpido cualquiera, de modo que sepa que si no acepta mi trato o algo no se hace a mi gusto, ese microfilme irá a parar al FBI. ¿Me ha entendido bien?

—Sí. Dígame qué fotos contiene ese microfilme, y así...

—Y así podría usted ordenar a sus compañeros que desapareciesen, ¿no? Entienda esto: usted tiene más de siete compañeros cerca de su campo de operaciones. Quizá veinte. Yo tengo las fotografías de siete. Elija: o me paga por las fotografías de esos siete, o envía aviso a todos para que desaparezcan, para que dejen de espiar. Trescientos mil dólares por siete hombres, Ylinof... Mejor dicho, por veinte. Si mañana a las doce de la noche no tengo ese dinero, el microfilme llegará a la delegación del FBI. ¿Alguna duda?

—Ninguna. ¿Cómo le conoceré? ¿Cómo se llama usted?

Oyó una risa burlona.

—No se preocupe por eso. Me conocerá a su debido tiempo. ¡Ah!, una advertencia: voy armado, y disparo mejor que nadie. Le aconsejo que no haga tonterías mañana por la noche. Ni ahora. Un movimiento en falso..., sólo uno, y ese microfilme con las fotos de sus compañeros y sus direcciones en Estados Unidos irá al FBI. No voy a advertirle más esto, Ylinof. Si usted me trae mañana por la mañana trescientos mil dólares, todo irá bien para todos: yo desapareceré. Pero... ¡cuidado!, no soy un novato.

—¿Para quién trabaja?

—¡Emmm...! Trabajo para mí mismo, Ylinof. Digamos que soy un... espía profesional, que saco dinero de donde sé que puede sacarse. Reúna en seguida esos trescientos mil dólares. Pero insisto en esto: un paso en falso, un intento de jugada sucia, y las microfotos van al FBI. Y no olvide que al final del microfilme hay una foto con los nombres americanos y direcciones de sus amigos. Adiós.

Clic.

Forrest Devine se quedó con la boca abierta, a punto de decir algo. Pero ya no había tiempo.

Muy despacio colgó el auricular, pensativo. Naturalmente, no iba a confiar ni un instante en aquel hombre. Era cierto que podía tener el microfilme, claro; pero también podía ser que no tuviese nada, que por alguna casualidad le hubiera descubierto a él y quisiera amenazarlo de un modo convincente. Pero estaba claro que a él solo no lo iba a asustar. Pero la amenaza se cernía sobre otros siete espías, colocados como él, en Estados Unidos.

No sabiendo cuáles eran éstos, lo prudente era, ciertamente, retirarlos a todos. Pero retirar veinte espías, que no eran veinte, sino treinta y cuatro en todo el nordeste de Estados Unidos, por el hecho de que siete estuviesen amenazados de delación, era negocio muy pobre comparado con trescientos mil dólares. Incluso con tres millones.

Otra cosa que estaba clarísima era que aquel hombre, quienquiera que fuese, tenía que morir.

Jugase limpio o sucio, tenía que morir.

Forrest Devine no era hombre que perdiese la serenidad fácilmente. Era inteligente, además, y sabía que todo hombre comete un fallo. La prueba estaba en él mismo, que lo había cometido hasta el punto de que una persona desconocida sabía que se llamaba Ylinof y que era un espía.

Bien. Si él, Ylinof, había cometido un fallo, fuese cual fuese..., ¿por qué no se podía esperar un fallo por parte del «espía profesional» que le había llamado por teléfono?

La dificultad estaba en que no conocía al hombre. No sabía nada de él. Ni siquiera si era viejo o joven, aunque, a juzgar por el tono de su voz, estaba en su plenitud...

Mientras se dedicaba a pensar, Forrest Devine iba mirando distraídamente a su alrededor. Miraba sin ver; pero dos segundos después de que su mirada hubo pasado por el hilo, regresó a éste rápidamente.

El hilo estaba detrás de una de las grandes macetas cuadradas junto a la terraza. Fue hacia allá, apartó la maceta y se arrodilló junto a la pared. El hilo parecía provenir de la terraza y se dirigía hacia la biblioteca. Lo siguió hacia este punto, pasando dos dedos por encima. Era delgadísimo, apenas visible incluso conociendo ya su existencia; se metía detrás de la biblioteca.

Forrest Devine apartó ésta y quedó pálido de rabia y humillación al ver el diminuto micrófono pegado a la pared con cinta adhesiva de tela.

Luego lo siguió hacia la terraza. Tuvo que salir a ésta. El hilo había pasado por el marco del ventanal a través de un diminuto agujero practicado en la parte baja. Luego se metía entre las plantas de aquel lado, el derecho, y tras pegarse a la pared de rojo ladrillo brillante que separaba aquella terraza de la del apartamento

contiguo, se doblaba hacia éste.

Devine saltó el medio muro recubierto de plantas trepadoras con flores liláceas y cayó en la terraza vecina. El hilo seguía por allí y se metía en el apartamento.

Una expresión sombría apareció en el rostro de Devine. Metió la mano bajo su sobaco izquierdo y sacó una pistola. Luego, con los nudillos de la mano izquierda, empujó las puertas cristaleras que permitían la entrada en aquel apartamento desde la terraza.

No estaban cerradas.

El apartamento estaba a oscuras, y, después de recorrerlo sigilosamente, Devine comprendió que no había nadie allí. Encendió una luz y regresó a las puertaventanas.

De nuevo el hilo. Lo fue siguiendo hasta llegar a una cuadrangular maceta, parecida a las que él tenía en su apartamento, y que estaba muy cerca de la salida a la terraza. Allí estaba el final del hilo..., que no llevaba al ovillo. Devine sabía que, lógicamente, en aquel extremo del hilo debía haber habido un auricular.

No había ningún auricular. Simplemente, el hilo, cortado. Su terminal se había aprovechado para pinchar allí un papel, en el que había escrito algo.

Esto:

«Buen trabajo, Ylinof..., pero demasiado tarde».

«Para evitarnos complicaciones por ambas partes, le agradeceré que retire el hilo de conexión». «Gracias».

No había firma, ni maldita la falta que hacía. La letra de la misiva era mayúscula en su totalidad; pero además, teniendo en cuenta lo deforme de sus caracteres, Devine comprendió que había sido escrita con la mano izquierda.

Esto y la existencia de un micrófono en su apartamento eran suficientes detalles para hacerle comprender la magnitud del enemigo que tenía ante él.

No sería fácil eliminarlo.

Pero habría que hacerlo.

Devine regresó a su apartamento, retirando el hilo a medida que avanzaba. Ya en él retiró el micrófono de la maceta, hizo un ovillo con todo y se lo metió en un bolsillo.

Luego fue al teléfono de servicio del edificio y marcó las cifras

de portería.

—¿Diga?

—Soy Forrest Devine...

—¡Oh!, sí, señor; la luz de su teléfono me ha indicado...

—Ya sé, ya sé... ¿Quién ocupa el apartamento vecino al mío?

—Pues... Bueno, hay dos, señor Devine. Uno está a la izquierda y otro...

—El de la derecha mirando a Central Park desde la terraza.

—Un momento... Sí, esto es: señor Cicero.

Devine notó Como un apretón en la garganta.

—¿Señor Cicero? —susurró.

—Sí, señor Devine.

—Pero... Cicero, ¿qué más? ¿Quién es?

—Lamento no poder informarle, señor Devine. El señor Cicero llegó hace un par de días, dijo que debería permanecer en Nueva York apenas cuarenta horas, pero que necesitaba un apartamento lujoso. Le alquilé ése.

—¿De dónde procede?

—Pues...

—¿No puede decirlo?

—Bueno, sí, señor... De Acapulco.

—¡De Acapulco! ¡Qué tontería!

—Señor Devine...

—¡Oh!, está bien; no tiene importancia. ¿Ha salido ese señor Cicero?

—En efecto.

—¿Cuándo volverá?

—Lo ignoro. Pagó su cuenta hace como una hora y se marchó. No sé nada más... ¿Es amigo suyo?

—Muy amigo mío.

—Lo siento. Si hubiese sabido...

—Está bien, gracias. Nada más.

Colgó apresuradamente, porque estaba sonando el teléfono privado del apartamento. Era una de las ventajas de aquel edificio. Había en cada apartamento un teléfono interior, para demandas al servicio, y otro particular, de línea propia.

Descolgó el auricular.

¿Sí?

—¿Ylinof?

Forrest Devine estuvo a punto de lanzar una exclamación de rabia.

—¿Qué quiere ahora? —Gruñó.

—Ha habido ciertos pequeños cambios. Poca cosa.

—Al grano.

—Le pedí trescientos mil dólares... ¿Lo recuerda?

—Claro.

—No serán trescientos mil. He hecho unas pocas cuentas. Resulta que el total ha de ser de trescientos siete mil ochocientos veinticuatro dólares con treinta centavos.

—¡Oiga! ¿Está loco?

—Creo que no. ¿Le parece demasiado dinero?

—¡Es una cantidad estúpida!

—Ylinof: lo de si esa cantidad es o no es estúpida es cuenta mía exclusivamente. Usted consígala y llévela adonde le dije y a la hora indicada. No lo olvide: trescientos siete mil ochocientos veinticuatro dólares con treinta centavos. Quiero hasta los treinta centavos. ¿Está claro?

—De acuerdo.

—¡Bien! —Se oyó una risa—. ¿Descubrió ya el hilo del micrófono, Ylinof?

—Sí.

—Magnífico. ¿Lo retiró todo?

—Sí.

—Muy bien. Hasta mañana.

—Escuche, Cicero...

De nuevo se oyó la risa.

—¡Oh! ¿Ya preguntó por el ocupante del apartamento contiguo al suyo, Ylinof?

—Sí. ¿Qué demonios es eso de Cicero? Ese hombre fue apresado por la policía brasileña hace...

—Conozco la historia. Le dije que era un espía profesional, ¿no es así? Bueno; pues me parece que el nombre de Cicero encajaba en el asunto... Con una diferencia, Ylinof.

—¿Cuál?

—Yo soy más peligroso que Cicero. Trescientos siete mil ochocientos veinticuatro dólares. Ylinof. Con treinta centavos. Ni

uno más, ni uno menos. Mañana, en el puente de Brooklyn, a las doce de la noche. Eso es todo.

Clic.

—Oiga, le...

Forrest Devine miró furiosamente el auricular, comprendió que nada podía ya decir, y lo dejó en el soporte.

Decididamente, el tal Cicero no parecía hombre al que se pudiese manejar con facilidad.

## CAPÍTULO III

Había como una ligera neblina en el puente de Brooklyn, procedente, por supuesto, del East River, cuyo rumor llegaba como algo lejano a oídos de Forrest Devine. De cuando en cuando se oía el silbato de una embarcación, por debajo del puente.

Consultó otra vez su reloj, justo en el momento en que a menos de veinte yardas se detenía un taxi y se apeaba de él un hombre muy alto y con aspecto de no irle demasiado bien las cosas.

El hombre encendió un cigarrillo, esperó a que el taxi diese la vuelta y emprendiese el regreso a Manhattan, y entonces empezó a caminar hacia el extremo del puente. A pocos pasos estaba el distrito de Brooklyn, bordeado por la amplia Brooklyn Queens Expressway.

Eran las doce, rigurosamente en punto, cuando el hombre que se había apeado del taxi se detuvo junto a Forrest Devine, saludó amablemente:

—Hola, Devine. ¿Trajo el dinero?

Forrest Devine se quedó petrificado. Aquel hombre era un gran ejemplar, sin duda, pero no parecía el tipo más representativo del espía profesional. O quizá, sí. Quizá lo era, precisamente porque no lo parecía: zapatillas de baloncesto, gabardina vieja y estrecha, pantalones encogidos.

—¿Cicero? —murmuró Devine.

—No sea idiota —gruñó desabridamente el hombre—. ¿Cree que Cicero iba a venir en persona?

Pasaban algunos coches por el puente, y algunas personas por los pasillos laterales. Nadie prestaba atención a nada. Era demasiado tarde para perder el tiempo.

—El trato fue con Cicero.

—Correcto. Y el trato va a cumplirse. Devine. ¿Qué más le da a usted que lo cumpla Cicero en persona o no?

—Está bien. ¿Trajo el microfilme?

—¿Trajo el dinero?

—Sí.

—Quiero verlo.

—De acuerdo: vea la cartera.

—No, no, señor Devine... Una cartera no significa nada. Quiero ver *el dinero*.

—No me diga que se va a poner a contar aquí trescientos mil dólares.

—Perdón: trescientos siete mil ochocientos veinticuatro dólares con treinta centavos.

—Exacto. Una cantidad que requiere cierto tiempo para contarla, amigo.

—No voy a contarla. Me basta con su palabra. Deme la cartera.

—Está bien. Pero no me gustan las bromas, Cicero... Y yo también voy armado.

—Le he dicho que no soy...

—¿Por qué ha de ser usted el único listo? Yo sé que es Cicero. Pregunté al portero del edificio, al hombre que le alquiló el apartamento. Si en vez de esas ropas se pone usted otras mejores, la descripción no puede ser más exacta.

—Perfecto —rió Terrill Williams—. Alquilé un traje. Igual que las demás cosas, como viajes, alojamientos, micrófonos, películas, la cámara, etcétera, ha sido incluido en la cuenta de gastos. Esa cuenta es la cantidad que sobrepasa a los trescientos mil dólares. No soy un hombre rico, Devine; tengo que recuperar mis ahorros gastados, compéndalo.

—Deme ahora el microfilme.

—Por supuesto.

Terrill adelantó la mano izquierda y cogió la cartera que le tendió Devine, también con la mano izquierda. Al mismo tiempo, Terrill metía su mano derecha en el bolsillo de la gabardina. La mueca sonriente que había en su rostro estaba petrificada; ya no parecía tan sonriente.

Había visto hacía ya algunos segundos a los dos hombres que se iban acercando lentamente como al descuido. Uno de ellos llegaba procedente de Manhattan, y el otro de Brooklyn, tapando las dos salidas del puente. Si le creían tan idiota, allá ellos.

Sacó la mano del bolsillo de la gabardina, mostrando un pequeñísimo envoltorio de papel.

—El microfilme, Ylinof. Trato cerrado. Ahora, puede marcharse.

—Un momento, Cicero, un momento. Veamos el microfilme. ¿Cómo puedo saber que es el que yo quiero, Cicero?

—Mírelo al trasluz. Por fortuna, Nueva York es una ciudad iluminada.

Devine desenrolló la película y la mantuvo tensa teniendo un extremo en cada mano. La alzó por delante de sus ojos en dirección a la luz.

El rechazazo de Terrill le alcanzó de lleno en la boca del estómago, con una potencia tal que pareció a punto de partirle en dos. No lo partió, pero sí lo dobló como una navaja que se cierra. Y el punterazo en la boca alzó a Devine y lo tiró contra el puente.

¡Boiiiiggg...!

No había oído el disparo, pero sí oyó claramente el rebote del plomo contra el hierro del puente. El que había disparado era el hombre que parecía venir de Brooklyn, por la calzada correspondiente a esa dirección, o sea, la opuesta a la en que se hallaba Terrill. El hombre estaba cruzando el puente hacia él, mientras el otro, entrevisto de un rápido vistazo, apretaba el paso hacia allí, metiendo la mano en un sobaco. Éste se hallaba algo más lejos y representaba menos peligro... por el momento.

El primero, el que ya había disparado, se detuvo en medio del puente alzando de nuevo la mano armada.

Pero Terrill Williams ya tenía su pistola en la mano derecha. Sólo tuvo que alzar un poco la muñeca y disparar. Se anticipó a aquel enemigo, que recibió el balazo, giró un par de veces como un bailarín y casi se metió debajo de un pequeño coche que frenó bruscamente, estrepitosamente, con ruido de viejo y desajustado.

El otro enemigo, el que venía de Manhattan, disparó también, pero Terrill corría ya hacia el cochecillo, cuyo ocupante parecía ser el único en haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Williams no fue acertado al primer disparo, siempre con silenciador, como los suyos.

Llegó junto al cochecillo cuando el primer enemigo tenía la mano derecha casi encima de la pistola que había perdido. Comenzaban a oírse frenazos y voces excitadas, que era,

justamente, lo que Terrill había esperado al elegir el puente de Brooklyn para el contacto con Ylinof.

Alzó un pie y lo dejó caer sobre la mano del hombre, le golpeó con el otro en plena boca, y el hombre lanzó un grito y rodó por la calzada sangrando.

Terrill abrió la portezuela derecha del cochecillo justo en el momento en que el otro disparaba. Notó el impacto en el brazo izquierdo, y la cartera saltó al interior del pequeño vehículo. Terrill se coló dentro y puso la pistola bajo la barbilla del conductor.

—¡Arranque! ¡Vamos, arranque!

La carrocería se estremeció cuando otra bala rebotó en ella, muy cerca del cristal de la ventanilla. El coche partió a toda velocidad hacia Brooklyn, conducido por una palidísima muchacha que ni siquiera se atrevía a tragar saliva.

Ylinof se estaba levantando ya, pesadamente. Tenía la boca reventada por el puntapié recibido, pero no pareció preocuparse por eso.

Mientras el único de los tres hombres que no había probado la dureza de Williams corría a buscar al otro, Forrest Devine buscó ansiosamente por el suelo el microfilme. Suspiró cuando lo encontró, se lo metió en un bolsillo y corrió en ayuda de los otros dos.

Los conductores de algunos coches se habían apeado y se ofrecían tenazmente para ayudar al herido de bala, y que además, como Devine, tenía la boca hecha una lástima y la mano desollada.

Entre Devine y su compañero ileso se llevaron al otro, asegurando que tenían el coche allí cerca; que muchas gracias, pero que ellos lo llevarían a una clínica particular, que no se preocuparan...

Cuando la policía llegó al puente había allí mucha gente, pero no los cuatro hombres que podían haber dicho cosas muy interesantes, y, por supuesto, los únicos que podían haber relatado con autenticidad lo ocurrido. Dentro del coche, Devine gruñía:

—Te dije que te quedases en el coche, Charles.

—Lo habría hecho si ese Cicero hubiese llegado en coche propio o el taxi le hubiese esperado, pero quedó solo y a pie, y como no me pareció demasiado peligroso fui para acobardarlo más aún.

—No te pareció peligroso, ¿eh? ¡Te dije que no era ningún

tonto! ¡Maldito sea, se nos ha escapado de la manera más tonta...! Y encima, la herida de Wilbur.

—Bueno, Forrest, tomemos las cosas con calma —dijo el herido Wilbur Lupatk—. De momento, tenemos una pista para seguir a ese Cicero.

Devine detuvo el coche poco más allá del puente, casi en Chinatown.

—¿Una pista? ¿Cuál?

—La matrícula del coche que lo recogió.

—¿Pudiste verla?

—Sí.

—¿Y la recuerdas?

—¡Claro que la recuerdo! —Tenemos medios para encontrar ese coche; tú lo sabes. Quizá tardemos un par de días, pero lo encontraremos. Hasta es posible que tardemos menos si contratamos a unos cuantos tipos.

—¡Nada de eso!

—¿Por qué no? Se les prometen mil dólares, se les hace creer que la cosa va de *gane* contra *gang*, y asunto liquidado... Hay por ahí cientos de tipos que por mil dólares son capaces de matar a la estatua de la Libertad. Yo conozco algunos.

—Bueno, siempre será mejor eso que movilizar a algunos compañeros nuestros.

—A ellos hay que dejarlos tranquilos. Excepto a los de las fotos. Veamos quiénes son, cómo se llaman en Estados Unidos y dónde están residiendo...

—¿Cómo vas a saber eso? Quizá ni siquiera los conocemos.

—Nosotros es posible que no, pero Cicero sí los conoce.

Dio la luz del asiento trasero y acercó el negativo, de modo que se viese claramente. Primero, se quedó estupefacto, con la boca abierta; luego, frunció el ceño.

Wilbur Lupatk, que se había incorporado en el asiento para mirar también, lanzó una exclamación de rabia.

—¡Maldito cochino...! ¡Ésas no son fotografías de personas!

—A ver —pidió McMurtry, que se hallaba al volante.

Forrest le tendió el microfilme, para que McMurtry lo colocase a su comodidad ante la luz. La tira era tan diminuta que difícilmente podía verse nada en ninguna foto a menos que se supiese lo que era.

—No distingo nada —susurró McMurtry.

—Vayamos a mi casa —insistió Lupatk—. Mientras uno de vosotros me venda el hombro, el otro puede revelar y ampliar esa tira.

McMurtry acabó el vendaje del hombro de Lupatk y se volvió hacia la puerta del cuarto de baño.

Ylinof, alias Forrest Devine, salía del pequeño cuarto de baño llevando una tira de fotografías ampliadas al tamaño de paquetes de cigarrillos.

—Bueno —sonrió burlonamente—, aquí tenemos el microfilme revelado y ampliado. Miradlo.

—¿Pero qué diablos es esto...? —Casi gritó McMurtry.

—Si no reconocéis a los personajes de esas fotos —rió Forrest Devine—, podéis leer la última foto. Está muy claramente explicado, rae parece a mí.

Lo estaba.

Decía así:

1. Elefante del Pakistán. Come verduras, hortalizas y paja especial. El maní sólo le es útil para indigestarse, cosa que no debe gustarle.

2. León del Atlas, negro. Come carne. Peligroso. No aproximarse.

3. Canguro australiano. Simpático animal, de largas patas traseras y cola muy fuerte, que le ayuda a impulsarse en sus largos saltos. No es peligroso, pero nunca se sabe.

4. Zopilote del Sudoeste. Pajarraco negro, llamado también cuervo. Sólo es peligroso cuando uno está muerto.

5. Zorro de Virginia. Animal astuto, pero bastante cobarde. Peligroso... para las aves de corral.

6. Pelicano de...

McMurtry arrojó la tira de fotos al suelo, pálido de rabia.

—¿Qué significa esto? —rugió.

—Pues que nos ha tomado el pelo —replicó Lupatk, sombríamente.

—Así es —rió Forrest otra vez.

—¿De qué diablos te ríes? —farfulló McMurtry. No veo...

—No seas idiota —dijo Forrest, ya en serio—. ¿No comprendes lo que significan estas fotos? Un elefante, un león, un canguro... ¿De verdad no lo adivináis?

McMurtry y Lupatk se miraron.

El primero musitó:

—Bueno, quizá sea una clave especial...

—¡No! —Chilló Lupatk—. Espera, Charles, espera... Creo que ya lo he entendido. ¡Claro que sí! Eso significa, ni más ni menos, que Cicero no posee fotos de nuestros compañeros... ¿No es así, Forrest?

—Exacto, Wilbur. Simplemente, no sé cómo, me localizó y me descubrió a mí, y quiso amedrentarme diciéndome que conocía a otros como nosotros.

—¿Cómo pudo descubrirte?

—¿Quién sabe? Quizá en Europa.

—¡Y ha ido a tropezarse contigo en Nueva York! —exclamó incrédulamente McMurtry.

—¿Por qué no? Dicen que el mundo es un pañuelo. Yo supongo que ha sido una casualidad como la que he dicho. ¿De qué otro modo, podría saber nada de mí?

—Quizá nos está traicionando uno de los americanos que...

—¿Sí? ¿Cuál? Oh, vamos, no Creo que eso... Si algún americano estuviese en contacto con Cicero, éste no habría tenido necesidad de alquilar un apartamento vecino al mío, ni de introducir un micrófono por la terraza... ¿Para qué? ¿Para qué, si ya sabría perfecta mente quién era yo y a qué me dedico en realidad?

Forrest Devine calló, y los demás también permanecieron en silencio unos instantes.

—Bien —dijo al fin Lupatk—: sabemos ahora que Cicero no conoce a ninguno de nuestros compañeros... pero nos conoce a nosotros. Y eso también es peligroso.

—Demasiado —gruñó McMurtry—. Sobre todo si sí ha disgustado con nosotros y nos delata.

—¡No lo hará! —Rió Forrest—. El quería trescientos mil dólares. Pues ya los tiene. Si ahora nos delatase al FBI se vería obligado a entregar el dinero.

—Desde luego —comentó McMurtry—, es un hombre

peligroso...

—Debe serlo. —Forrest se tocó cuidadosamente los partidos labios, con un gesto de disgusto—. Un tipo rápido, capaz de sacar partido de cualquier situación, de escabullirse de situaciones apuradas.

—No tan bien —gruñó McMurtry—. Estoy seguro de que le di antes de meterse en el coche.

—Mejor. Así, la próxima vez que le encontremos no estará tan ágil.

## CAPÍTULO IV

Terrill Williams había apartado en seguida la pistola de la garganta de la muchacha.

—Lo siento —sonrió—. No he querido asustarla.

Abrió la cartera de piel. En efecto, el dinero estaba allí, tal como había calculado. Ylinof era demasiado «listo» para presentarse con algo que no fuese auténtico dinero.

La muchacha había dirigido un rápido vistazo al contenido de la cartera y Terrill la cerró en seguida.

—¿Vive usted en Brooklyn?

Ella no contestó. Continuaba mirando fijamente adelante, como asustada.

—¡Conteste! ¿Vive usted en Brooklyn?

—S-sí...

—¿Dónde?

—En..., en Rocher Street...

—¿Vive sola?

La muchacha se atragantó tanto que Terrill comprendió que no estaba llevando bien las cosas.

—No se asuste —recomendó amablemente—. Le aseguro que no soy tan malo como está usted pensando.

—¡Oh!, no... estaba pensando... eso.

—¿De veras? Se lo agradezco —rió Terrill—. Y tranquilícese. No voy a hacerle ningún daño. ¿Vive sola?

—Sí, señor...

—Estupendo. Supongo que ahora se dirige a su casa.

—S-sí, claro...

—¿Tiene inconveniente en llevarme allá?

La muchacha respingó.

—¿A..., a mi apartamento?

—Se lo agradecería mucho.

—Pe..., pero yo... ¡Oh!, no, no, no puedo llevarle allí, no...

—Se lo suplico, señorita.

Ella abandonó un poco su tensión. Miró a Terrill, recordó la pistola que éste llevaba bajo un brazo, y la palabra «suplico» le pareció muy poco procedente. Podía haber exigido.

—¿Me... lo suplica?

—Desde luego. La molestaré muy poco. Ocurre, simplemente, que no puedo ir por la calle sangrando. Llamaría demasiado la atención, y eso no me interesa. Sólo necesito unas vendas, o unos trapos cualesquiera, y limpiarme el brazo. ¿Tiene tafetán?

—Sí, sí...

—¿Se da cuenta? La necesito, señorita. Por favor, será sólo un par de minutos.

Ella parpadeó, cada vez más asombrada. Veía perfectamente el rostro del hombre. Bueno, ella jamás había visto nada parecido: él era tan atractivo, tan varonil, que casi asustaba un poco. Es decir, podría haberla asustado de no haber tenido aquella sonrisa y aquella voz.

—Está bien, le dejaré entrar.

Terrill suspiró, relajándose en el asiento. Estaba claro que sin el consentimiento de la muchacha también hubiese podido entrar en el apartamento..., siempre y cuando a ella no le diese un ataque de histerismo en el edificio, con lo cual se complicarían las cosas.

—Muchas gracias.

El coche rodaba ahora por Fulton Street, hacia el interior. No tardaron más de cinco minutos en llegar ante un edificio de dos pisos, bastante viejo y desatendido. Ella detuvo el coche allí, muy pegado a la acera, y miró a Terrill.

—¿Es aquí? —preguntó él.

—Sí.

No pasaba nadie por la calle, ni parecía que los ocupantes de los otros apartamentos fuesen a enterarse de nada. Terrill se apeó primero y esperó a que ella cerrase el coche. El llevaba la cartera en la mano izquierda; con la derecha tomó a la muchacha de un brazo y caminaron juntos hacia el portal. Una vez allí, ella se detuvo. Estaba muy oscuro.

—¿Qué ocurre? —inquirió Terrill.

—Quisiera mirar mi buzón.

—¿Ahora?

—Estoy... Tengo la esperanza de recibir... Bueno, estoy esperando una carta muy importante para mí.

—De acuerdo: mire ese buzón.

Terrill oyó ruidito de llaves. Ella no necesitaba luz para hallar la cerradura del buzón. Luego, oyó ruido de papel.

—Vaya... ¡Recibió la carta!, ¿eh?

—No... no sé si es ésta la que estoy esperando... Podemos subir ya.

—Bien.

—Cuidado. Hay siete escalones.

Terrill los fue contando. Al final de la cuenta, ella abrió una puerta de cristales. Casi en seguida se encendió una luz, y Terrill tuvo tiempo de ver a la muchacha retirando el dedo de un botón.

—Es en el segundo piso —dijo ella.

Subieron.

Poco después, los dos se hallaban en el apartamento de la muchacha. Era pequeño y pobre. Parecía bastante limpio, pero ni así conseguía parecer bonito o confortable. Había un sofá, dos sillas, una radio, un aparador, una alfombra muy vieja. Un dormitorio, la cocina y cuarto de aseo.

A Terrill le bastó una ojeada para ver esto, y para asegurarse de que, en efecto, no había nadie más allí. Cuando miró a la muchacha, que se había quedado en el centro del *living*, ésta leía la carta ansiosamente; pero, de pronto, se mordió los labios y palideció ligeramente. Pareció anonadada.

Alzó la mirada y se dio cuenta de que él estaba pendiente de ella.

—¡Oh!, le..., le buscaré algo para la herida...

—Muy agradecido.

Ella entró en el cuarto de aseo y quedó oculta detrás de la puerta. Terrill fue rápidamente hacia el sofá y tomó la carta del respaldo. La muchacha se llamaba Mimí Colvard, o, por lo menos, eso decía el sobre. La carta era breve; tanto que a Terrill la bastaron apenas diez segundos para leerla.

Cuando Mimí Colvard salió del cuarto de aseo, la carta y el sobre estaban donde ella los había dejado, y en la misma exacta posición.

—Le he preparado todo cuanto tengo que pueda serle útil... Si quiere que le ayude...

Terrill la miró de un modo que a ella le pareció bastante cariñoso, profundamente amable y humano.

—No se moleste. Esto no tiene importancia.

—Lo haría con gusto...

—Casi la creo —sonrió él—. Pero no es necesario.

—Como quiera.

Terrill entró en el cuarto de aseo. También a él le tapaba la puerta; no podía ver lo que ocurría en el pequeño *living*. Pero miró por la junta de la puerta. La muchacha se había sentado en el sofá y estaba leyendo otra vez la carta, con expresión de desaliento. Terrill se quitó la gabardina, la chaqueta y la camisa a cuadros. En el lavabo había alcohol, algodón, unas gasas y un rollo de tafetán inglés.

Comenzó a limpiarse la sangre con algodón empapado en alcohol.

De pronto dijo:

—¿Se marcha a Miami?

Oyó la exclamación de ella, y casi en seguida la muchacha apareció en el lavado.

—¿Ha leído la carta? —musitó.

—He cometido esa descortesía. Sé que no debí hacerlo. Según entiendo, una amiga suya le dice que tiene usted trabajo en Miami, tal como siempre deseo...

Es una suerte tener lo que uno desea.... ¿No le gusta Nueva York?

—La detesto.

—Pues a Miami. ¿Qué clase de trabajo es el suyo?

—¡Eh!... Bueno, creo que canto algo bien.

—¡Oh! ¿Venía de trabajar cuando... nos hemos conocido?

—Sí. Llevo un tiempo en el Habana Club. Detesto el Habana Club. Detesto Nueva York.

—A decir verdad, tampoco a mí me gusta Nueva York. ¡Caramba! Me encantaría ir a Miami. Tiene usted suerte, señorita Colvard.

—¿Por lo de Miami?

—Claro...

—No voy a ir a Miami.

Terrill se quedó inmóvil, sosteniendo con dos dedos, muy separados, la gasa con la que se disponía a cubrir la herida.

Alzó las cejas.

—Bueno, yo he creído...

—Déjeme ayudarle.

Mimí cortó dos tiras de tafetán y sujetó la gasa al brazo. Sus finos dedos rozaron los gruesos músculos masculinos.

—Es usted... un hombre muy fuerte, señor...

El sonrió.

—Terrill Williams..., pero no se lo diga a nadie.

En realidad, no le importaba. Sabía que le iban a encontrar, y ahora ya no le importaba. Al contrario. Precisamente por eso había dejado lleno de huellas el apartamento donde había matado a Lloyd Payne.

—¿Es usted... un *gángster*?

—Algo así —rió Tirrell—. Dígame: ¿por qué no va a marcharse a Miami?

—Por una razón muy sencilla: no tengo dinero para llegar a tiempo. Debería estar allí, dispuesta para actuar mañana por la noche. Eso quiere decir que tendría que tomar el avión.

—¿Y no tiene dinero para eso?

—Ni para nada. No tengo un centavo, señor Williams.

—Emmm... Puede vender el coche..., ¿no?

—¿Ahora? ¿Y cuánto me darían? ¿Diez dólares?

—Bueno, no está tan mal, caramba... Muchas gracias.

Flexionó el brazo. Sentía la escocedura en la carne, pero no era una herida que él debiese tener en cuenta, o que sí era necesario tener en cuenta era su ropa. Naturalmente, la camisa, la chaqueta y la gabardina estaban agujereadas y manchadas de sangre. Era inevitable llamar la atención, a menos que pasase la noche deambulando. En cuanto se presentase en un hotel o pensión, cabría la posibilidad de que, suponiendo que le admitiesen, pasasen aviso a la policía.

Y todavía no podía dejarse atrapar.

Mimí le estaba mirando fijamente, con una curiosa expresión que ya nada tenía de asustada. Terrill recogió la gabardina, y puso bajo el grifo la manga manchada de sangre, restregando con fuerza.

La cosa no parecía fácil, pero quizá conseguiría mantener oculto aquel brazo. Iría a cualquier pensión sórdida, de poca luz...

Hizo un lío con la chaqueta y la camisa, después de ponerse la gabardina, todavía mojada la manga. Ofrecía un aspecto ciertamente poco de fiar, con los viejos pantalones algo cortos, las zapatillas de baloncesto, y la gabardina por toda prenda superior, que no sólo estaba raída y sucia, sino ahora agujereada y manchada de sangre.

Se miró al espejo y sonrió.

—Bueno..., me he visto a veces con peor aspecto.

Se volvió hacia la muchacha, que continuaba mirándole fijamente. Mimí era muy bonita, rubia, de ojos claros y boquita redondeada, sonrosada; los cabellos eran muy lacios, y caían en torno al rostro de un modo delicioso, como si ella fuese una muñequita.

Llevaba un vestido azul, sin mangas y escotadísimo por delante y por detrás, lo cual sólo pudo ver Terrill entonces, ya que antes había llevado puesta la chaquetita del conjunto. La piel de Mimí era de un blanco dorado, que a Terrill le pareció delicioso.

Los dos se miraban con desconcertante expresión, como quien ha encontrado algo estupendo, pero aún no acaba de darse cuenta. De pronto, Terrill alzó una mano y la puso sobre un hombro de Mimí.

—Esto es sorprendente —sonrió; hablaba en un murmullo—. Quizá algún día nos veamos en Miami, señorita Colvard.

—Me temo que no... ¿Qué es lo sorprendente?

Terrill bajó la mano por el brazo, lentamente, hasta que quedó colgando, ya sin tocar a la muchacha. Movi6 la cabeza como asombrado, incrédulo más bien, y salió del cuarto de aseo. Cogió la cartera.

Ella apareció, muy despacio, en la puerta.

—¿Se va? —musitó.

El no se volvió.

—Supongo que debo hacerlo —contestó.

—¿Por qué?

Entonces sí se volvió Terrill. Tenía en la mano un puñado de billetes de cien dólares. Caminó hacia Mimí, le tomó una mano y le puso en ella los billetes.

—Mil dólares —dijo—; no puedo darle más, porque no sé aún qué puede ocurrir. Le juro que es dinero honrado. Feliz viaje a Miami.

Mimí lo estuvo mirando intensamente unos Segundos. Luego, bajó la mirada hacia los billetes.

—¿Me está pagando algo? —susurró.

—No. ¿Es que hay algo que pagar?

—Nada..., es cierto.

Terrill Williams sonrió, y Mimí se sintió feliz y segura, por primera vez en varios años.

—Hasta la vista, Mimí.

Tuvo que inclinarse para besarla, muy suavemente, en los labios. No fue, ni mucho menos, el beso de un hombre que acaba de entregar mil dólares a una mujer.

Dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando estaba a punto de abrirla, ella llamó:

—Terrill, espere...

El se volvió.

—¿Sí?

—¿Hay algo más que pueda hacer para ayudarle?

—Pues no lo sé.

—Me gustaría hacerlo. No por el dinero, créame.

—Por supuesto; la creo.

—¿No puedo hacer nada? De verdad.

—Se está confundiendo, Mimí. No soy un *gángster*, se lo dije antes. Pero a mi lado correría más peligro que junto a un *gánster*. Ya la he complicado bastante, y... Un consejo: mañana, temprano, llévase el coche lejos de aquí; a ser posible, fuera de Nueva York. Y no lo venda. Déjelo abandonado en cualquier lugar. Luego, adquiera un pasaje en avión para Miami y váyase allá cuanto antes, sin comentarlo absolutamente con nadie.

—Si sale a la calle así va a complicarse la vida, Terrill.

—Sí... Eso temo.

—Yo podría comprarle mañana algo de ropa.

Williams parpadeó.

—¿Qué le ocurre, Mimí? ¿Se siente sola?

—Terriblemente sola. Pero nunca me di cuenta hasta que me he puesto a pensar en que usted va a marcharse.

Terrill Williams estaba sintiendo algo parecido; quizá exacto a lo que sentía Mimí Colvard. ¿Por qué demonios tenía que considerar que aquello era increíble?

—Bien...

—Quédate, Terrill. Y si has de ir a Miami, vayamos juntos. Pero, sobre todo, quédate ahora.

Terrill pensó que ella sentía en aquel momento más que nunca la angustia de la soledad que debía haber estado soportando quién sabía durante cuánto tiempo. En poco más de una hora, Mimí Colvard había pasado de la desesperación y la soledad, a la esperanza y la compañía. En Nueva York, una muchacha como ella quizá debía sentirse sola a la fuerza, pero de ninguna manera podía faltarle compañía..., si ella quería.

Pero la expresión de Mimí no era la de quien está acostumbrada a tener compañía y sentirse sola al mismo tiempo. Era la expresión de quien, en efecto, encuentra algo nuevo y bueno, desconocido, pero felizmente presentido. Era algo corriente y extraordinario a la vez, natural y sorprendente.

El dejó caer la cartera, y tomó a Mimí por los hombros.

—Me quedaré.

Mimí palideció cuando vio vacío el sofá, a la mañana siguiente.

—¡Terrill! —gimió—. ¡Oh, no...!

La puerta del cuarto de aseo se abrió, y la cabeza de Williams apareció en el hueco.

—¿Me has llamado?

—¡Oh! —ella corrió hacia él y se le abrazó—. Creí que te habías marchado...

—¿A Miami? —Rió él; la besó en los labios y dijo—: Antes de marcharme aún tengo algo que hacer, Mimí. De modo que tendrás que marcharte sola, si quieres llegar a tiempo para aceptar ese contrato en Miami.

—¿Qué has de hacer?

—No tendré más remedio que ir a Ellenville.

—¿Adónde?

—A Ellenville, Estado de Nueva York. Está a unas setenta y tantas millas de aquí, hacia el Norte.

—Pero..., ¿qué has de hacer allí?

—Tengo que entregar algo. Y, al mismo tiempo, si voy allá, es

posible que no regrese.

—¿Qué no... regreses? —Susurró Mimí—. ¿Alguien podría... impedírtelo?

—Me temo que sí. Pero he peleado para esto, y no voy a abandonar ahora. Te diré lo que puedes hacer por mí: vas a comprarme ropa, luego compra dos pasajes, en la Panam, para Miami. Me traes la ropa y mi pasaje, y tú te vas en el avión del vuelo 577, que sale de Laguardia a las doce de la mañana. Mi pasaje tendrá que ser para el vuelo de esta noche... Creo que hacia la una, aproximadamente.

—Terrill: si te vas ahora... ¿quizá no te vea nunca más?

—Quizá.

—Déjame que vaya yo a Ellenville. ¿No podría ir yo en tu lugar?

—Bueno..., no sé... Claro que podrías. Incluso a decir verdad, preferiría no tener que ir yo.

—Yo iré, entonces. Y si algo me ocurre...

—¿Qué dices? ¿Crees que te dejaría ir a ti si algo pudiese ocurrirte? Es a mí a quien podría ocurrirle una cosa u otra. A ti, no, Mimí.

—Más razón para que vaya yo. ¿Qué tendré que hacer?

—Primero ve a comprarme ropa y los pasajes.

—Compraré los dos para el vuelo de la noche.

Besó a Terrill y fue a vestirse. Salió del apartamento antes de las nueve de la mañana. Llevó el coche al Bronx, dejándolo en una calle apartada, y regresó a Manhattan en el «Subway», hasta Times Square. Adquirió los pasajes en la Panam, compró un traje, una camisa, corbata, zapatos, calcetines, pañuelos y una gabardina de discreta calidad, siguiendo las indicaciones de Terrill, y estuvo de nuevo en su apartamento de Brooklyn poco antes del mediodía.

Cuando entró, Terrill estaba tumbado en el sofá, fumando.

—¿Todo bien?

—Sí, Terrill.

—Ven, siéntate aquí.

Ella se sentó, lo besó y, por fin, sonrió.

—Hay ahora algo nuevo en mí, Terrill... ¿Qué puede haberme ocurrido?

El la besó.

—No pienses en eso ahora. Escúchame bien, Mimí: hay aquí tres

paquetes que vas a llevar a Ellenville. En cada paquete hay un nombre y una dirección. Alquilas un coche, veloz y seguro, llegas a Ellenville, entregas los paquetes y regresas. No los entregues si no es a los propios interesados. Y de ninguna manera digas dónde estoy.

—¿Pero digo que me envías tú?

—Eso menos todavía.

—Comprendo. ¿Es dinero?

Terrill la miró con terrible fijeza.

—Es dinero —musitó—: cien mil dólares en cada paquete, Mimí.

—Esos tres hombres..., ¿son cómplices tuyos?

—Pues... lo fueron en cierta ocasión —sonrió extrañamente Williams—. El caso es que tienen derecho a ese dinero.

—¿Crees que no se lo voy a llevar? —dijo ella.

El hizo un gesto de impotencia.

—Espero que lo hagas, en bien de todos.

—Tú sabes que no voy a desaparecer con el dinero, Terrill. Lo sabes, ¿no es cierto?

Terrill Williams se dijo que sería terrible convencerse, pasadas unas horas o días, de que Mimí le había engañado, que ella se había portado con él tan dulcemente solo porque vio el dinero y lo quiso.

Pero con aquellos trescientos mil dólares, él podía saber si ella merecería ser la mujer que compartiría su vida. Si no era así, y Mimí desaparecía, quedaban muchos hombres como Ylinof, a quienes pedirles otros trescientos mil dólares..., más gastos.

—Lo sé, Mimí.

## CAPÍTULO V

Pat Butchers se sentía sobrecogido, pero procuraba ocultarlo, porque sabía perfectamente que a ningún mutilado le gusta ver compasión o aprensión en la mirada de los demás. Además, aquellos tres hombres no parecían de los que pierden la moral en ningún momento. Había que tratarles y hablarles como si fuesen hombres en perfectas condiciones físicas.

Gerald *Waters*.

Leo Jenkenson.

Howard Shuler.

Éstos eran los nombres de aquellos mutilados. A *Waters* le faltaba el brazo derecho a Jenkenson, la pierna izquierda; a Shuler, las dos piernas. Los tres debían tener entre veintisiete y veintiocho años.

El agente del FBI carraspeó.

—Les pedí que viniesen a la casa del señor Shuler, porque él es el que más molestias tendría para desplazarse. Les agradezco mucho que hayan venido tan... rápidamente.

*Waters* era rubio, con cara de niño bueno; tenía los hombros muy anchos, y era realmente alto. Jenkenson era pelirrojo, de estatura más bien mediana, con una mirada viva y amistosa y una expresión siempre simpática en su pecoso rostro.

Shuler era rubio, como *Waters*, pero no parecía tan niño bueno; en cuanto a su estatura, era muy difícil calcular cuál había sido. El estaba sentado en una silla rodante, y *Waters* y Jenkenson habían tomado asiento en unas sillas. Parecían tres estupendísimos muchachos.

—Entendimos que usted es agente del FBI, así como los hombres que fueron a buscarnos.

—Cierto. —Pat los señaló—. Ellos son Boyd Weible y Joe

Shields.

—Sí, ya sabemos sus nombres. Lo que no sabemos. —Jenkenson tema fruncido el ceño— es qué quieren de nosotros y cuál es el nombre de usted.

—¡Oh!, Pat Butchers.

—¿Y bien?

Butchers espetó:

—¿Conocen ustedes a un hombre llamado Terrill Williams?

Jenkenson, Shuler y *Waters* se miraron alegremente.

—¡Ésta es buena! —Exclamó Shuler—. ¡Nos pregunta si conocemos a Terrill Williams! ¡Por el cielo: lo conocemos... y a mucha honra!

Butchers volvió a carraspear. El también tenía un aspecto de muchacho fuerte, inteligente y simpático, y esperaba haber caído bien a aquellos tres hombres.

—¿A mucha honra? —preguntó.

—Naturalmente Dígame usted un solo hombre que no celebre el aniversario del día en que conoció a Terrill.

—Bueno..., yo puedo decirles el nombre de uno, por lo menos.

—¿Cómo dice?

—Esto... Veamos: ustedes estuvieron en Corea, con Williams, ¿no es así?

—Digamos —susurró Shuler— que Dios puso a Terrill allá, en Corea, con nosotros. ¿Quién es el cochino que no está contento de haber conocido a Terrill, vamos a ver? Porque no le quepa duda, señor Butchers, que ese tipo ha de ser un cochino... ¿No es cierto, muchachos?

Jenkenson y *Waters* apoyaron con firmeza y calor las palabras de Howard Shuler, y Butchers tuvo que carraspear de nuevo.

—Esto... El caso es que... Miren, antes de venir aquí hemos realizado ciertas averiguaciones. De resultas de ellas, sabemos que Terrill Williams y ustedes nacieron en Ellenville, y que estuvieron juntos en Corea, en el «Puede hacerlo».

Los tres mutilados miraron con simpatía al *G-man*.

—Cierto; estuvimos en el XV Regimiento de Infantería de Estados Unidos. El «Puede hacerlo» lo llamaban porque todo podíamos conseguirlo... Bueno, casi todo, porque Corea no es un campo de entrenamiento. Demonios, apenas hace un año que

aquello terminó, y empiezo a olvidar cosas que...

—¿Pero no a Terrill Williams?

—A Terrill no le olvida nadie, señor Butchers. ¿Qué ocurre con él?

—¿Conocían ustedes a Lloyd Payne?

—Claro. Lloyd también estuvo con nosotros. Lloyd, Terrill y nosotros tres somos de Ellenville, y fuimos juntos allá, y peleamos juntos... Éramos un quinteto formidable y bien avenido... Nos queríamos mucho.

—Terrill Williams ha matado a Lloyd Payne.

Shuler, *Waters* y Jenkenson parecieron no haber entendido bien. De pronto, el estupor los dejó paralizados a los tres, hasta que *Waters* musitó:

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que Terrill Williams ha matado a Lloyd Payne.

—¡Nadie va a creerle eso...! —Gruñó desabridamente Shuler.

—¿No? ¿Por qué? ¿Ustedes no lo creen?

—¡Claro que no! Los cinco éramos como hermanos... ¡Claro que no creemos eso!

—Y, díganos una cosa —farfulló Jenkenson—. ¿Puede demostrar lo que ha dicho?

—Estoy intentándolo. Vean lo que ocurrió: encontramos a Lloyd Payne muerto en su apartamento de Filadelfia de un balazo al corazón. En el apartamento había muchas huellas de Terrill Williams. Bueno; entonces no lo sabíamos, pero en estos casos las huellas encontradas solemos enviarlas al Archivo de Washington. Nos respondieron enviándonos un extracto de las hojas de servicio de Lloyd Payne y de Terrill Williams. Ambas eran buenas, sobre todo la de Williams.

—¡Naturalmente! ¡Como que fue el mejor hombre de aquella estúpida guerra que...! Oh, siga.

—Gracias —sonrió Butchers—. Algo nos llamó la atención en seguida de aquellos informes: Williams y Payne eran de Ellenville, y habían combatido juntos. Entonces pedimos al ejército que nos informara sobre todos los hombres de Ellenville que habían estado luchando en Corea en el xv de Infantería. De este modo, les hemos encontrado a ustedes.

—Muy bien. Y ahora, ¿qué?

—Bueno. —Butchers volvió a sonreír—, hemos pensado que quizá ustedes supiesen algo sobre este asunto.

—¿Sobre eso de que Terrill ha matado a Lloyd?

—Sí.

—Mire: en primer lugar, eso no podemos creerlo hasta que nos lo demuestren de verdad. Y en segundo, no sabemos nada de Terrill desde hace meses.

—¿Ni siquiera que se dedica al espionaje?

—¿Al...? Pero... ¿Qué demonios...?

Gerald *Waters* hizo callar a Jenkenson con un gesto y preguntó:

—¿Está usted hablando de espionaje traidor, señor Butchers?

—Desde luego. Terrill Williams no consta en ninguno de los Servicios de Inteligencia del país. Por tanto, debemos suponer que sus actividades de espionaje son en contra de su propia patria.

—Usted está loco —suspiró Shuler.

—¿Por qué?

—Terrill jamás haría eso. ¡Jamás! Oiga, nosotros le conocemos bien. Peleamos con él, lo conocemos de toda la vida en Ellenville, estuvimos juntos en el Valle de la Muerte... Bueno, ya sabe que el Valle de la Muerte es como llamábamos a aquel infernal campo de prisioneros, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Bien; pues si Terrill no hubiese estado allí, lo que no tendría yo ahora sería cabeza. Pregúnteles a Gerald y a Leo. Pregúnteles quién nos sacó de allí. Pregúnteles a quién clavaron de dos bayonetazos porque quiso ayudarnos cuando nos estábamos muriendo en aquella puerca cabaña apestosa. Pregúnteles, gracias a quién hemos podido regresar vivos a la patria. ¿Quién cree que nos mantuvo vivos de cuerpo y de espíritu? ¿Los chinos? ¿Los coreanos? Vaya usted a los muchachos que pelearon junto a Terrill y estuvieron presos con él hasta lo del canje, y dígales que Terrill está ahora traicionándonos a todos... Ande, vaya a decírselo, y sabrá lo que es ser linchado. Por Dios le digo, que jamás creeremos ninguno de nosotros que Terrill está traicionando a nuestra patria. En cuanto a que mató a Lloyd, tendrán que demostrárnoslo con todas las de la ley... Y si Terrill, verdaderamente, ha matado a Lloyd, no le quepa duda de que Lloyd merecía la muerte.

Shuler calló de golpe y se pasó la lengua por los labios. Sus

compañeros mutilados también miraban fijamente a Pat Butchers, que jamás se las había visto peores respecto a situación delicada. No estaba ante tres delincuentes, sino ante tres hombres que habían dejado parte de sus cuerpos luchando bajo la bandera de las barras y estrellas.

Pat miró a Weible y Shields, que también habían escuchado, impresionados, la defensa de Terrill Williams, hecha por Shuler.

—Entiendan esto —contemporizó Pat—, que nosotros, el FBI, no tenemos ningún interés especial en culpar a Terrill Williams de espionaje ni asesinato. Sin embargo, ustedes saben que cuando matan a una persona, los servicios encargados de la investigación toman huellas y toda clase de datos. A este respecto, les aseguro que el FBI no ha inventado las huellas de Williams.

Los tres excombatientes se miraron.

—Creo que me he excitado un poco —sonrió Shuler—, de modo que tendrá que perdonarme, señor Butchers.

Pat suspiró y palmeó un hombro a Shuler.

Por supuesto. Yo quisiera que ustedes entendieran que mis compañeros y yo estamos cumpliendo nuestro deber, igual que ustedes cumplieron el suyo cuando fue necesario.

—Correcto —rió Shuler—. Pero no se meta más con Terrill. ¿Les apetece una cerveza?

—Luego, gracias. Vamos a ver, Shuler, ¿cómo explicaría usted la presencia de las huellas de Williams en el apartamento donde asesinaron a Payne?

—No sabría hacerlo.

—Quizá estuvo allí en otra ocasión y... ¿No?

Pat miró a *Waters*, que era el que había hecho la sugerencia.

—Es posible. De un modo u otro, debemos convencernos de que si las huellas estaban allí es que Williams estuvo allí, ¿no? Y, por lo tanto, no parece descabellado suponer que tuvo, ignoramos qué clase de relación con Lloyd Payne. ¿Admiten esto?

—Bueno, parece muy razonable.

—Opinamos igual, señor Jenkenson. Ahora, por un momento, prescindamos de lo que hemos hablado antes sobre Terrill Williams. Sólo vamos a tener en cuenta que él estuvo en el apartamento de Payne.

—Bien...

—Nosotros encontramos en el apartamento de Payne un equipo en formación, ya bastante completo, y en muy buen estado, y de buena calidad...

—¿Un equipo de qué?

—De espía, señor *Waters*.

—¿De... espía?

—Atiendan: una radioemisora oculta en un libro, una libreta con códigos de clave, que ahora están descifrando nuestros técnicos en esta materia; una pitillera-pistola cuyos proyectiles son agujas untadas en cianuro... y algunas cosas más. Hemos investigado, claro está, la vida de Lloyd Payne. Pues bien: no hemos encontrado un respaldo convincente al tren de vida que llevaba. Esa investigación continúa, por otro lado, a cargo de otros hombres del FBI. Pero realmente las pruebas nos parecen ya bastante evidentes. ¿No opinan igual?

—¿Y ustedes creen que Terrill es también un espía?

—Yo no creo nada, señor Shuler; eso sería una torpeza de investigación que no podemos cometer. Simplemente me oriento por los «hechos o conocimientos evidentes» obtenidos hasta ahora. Ni yo ni nadie en el FBI cree u opina. Tan sólo seguimos las pistas que nos dejan.

—¿De modo que, según parece, debemos llegar a la conclusión de que Terrill es un espía?

—Bueno, recuerde lo que acabo de decirle sobre Payne, recuerde que Williams estuvo en su apartamento y dejó sus huellas y dígame qué haría usted en nuestro lugar.

—Buscar a Terrill...

—Blanco, señor Shuler.

—Pe... pero si..., si Terrill estaba en complicidad con Lloyd, ¿por qué lo mató?

—Puede haber un millón de motivos.

—¿Y por qué dejó sus huellas? Terrill no es ningún imbécil... ¿Y por qué dejó esa libreta de claves y la radioemisora dentro del libro?

—Eso es lo que nos tiene un poco perplejos. Diríase que Williams no tiene inconveniente en que sepamos que ha sido él quien ha matado a Lloyd Payne y que, además, ha querido que nosotros encontrásemos la libreta, la radio y demás cosas. Es como

si... ¡Caramba!, es como si hubiese hecho una acusación formal contra Lloyd Payne por espionaje.

—¿Y contra él mismo?

—Todos sabemos que Terrill Williams no es idiota. Es un hombre valiente, polifacético, políglota, capaz de realizar misiones especiales en la guerra, incluidas misiones de espionaje. ¿No es cierto eso, señor Shuler?

Howard Shuler sacó un pañuelo y se secó el sudor. Un sudor debido a la angustia, no al calor de la tarde.

—Bueno... Es cierto que Terrill hizo algo de eso, sí...

—Podemos entender que está capacitado para ser un espía profesional de una cierta considerable categoría, ¿no es así?

—¡Oh!, lo era, lo era... Y... ¡Por Dios!, él no usaría su valor y su inteligencia para traicionar a su patria, a nosotros, a los hombres que estuvo cuidando y salvando la vida un día tras otro.

—Vea, señor Shuler; en eso estoy de acuerdo con usted. Sin embargo...

—Le..., le comprendemos, Butchers...

—¡Gracias a Dios! —Suspiró Pat—. Y ahora, ¿saben o no saben algo de Terrill Williams?

—No.

—Bien, mala suerte. Esto... ¿Podemos confiar en que si saben algo de él nos avisarán inmediatamente? Deberán ponerse en contacto con el agente que se quedará en Ellenville. Si no consiguen localizarle llamen a la delegación del FBI en Newark y pidan por el inspector Max Cotter o por mí. ¿Lo harán?

Los tres hombres se miraron, y Pat temió por un instante una respuesta negativa.

—Lo haremos —susurró *Waters*.

—Gracias.

Los miró desconcertado. La integridad de aquellos hombres era evidente. Y, por supuesto, no eran de la clase de amigos que podía tener un traidor. Pero realmente, ¿qué sabían de los propósitos de Williams? ¿Qué diablos había ocurrido exactamente en el apartamento de Lloyd Payne? ¿Por qué Williams dejaba una pista tan clara de su paso... y luego desaparecía? El inspector Cotter había tenido razón: Terrill Williams no era hombre que se pudiese encontrar fácilmente, pero tampoco parecía tener intenciones de

entregarse; en esto, Max Cotter podía haber fallado.

—Bien, creo que les hemos molestado bastante...

Jenkenson, Shuler y *Waters* estaban visiblemente afectados. Pero no tanto que Shuler no recordase:

—¿No toman una cerveza?

Pat Butchers procuró no mirar a su alrededor. Estaban en el *living* de la casa de Shuler y, desde luego, no parecía la de un hombre que pudiese disponer de dinero fácilmente. Seguro que lo estaba pasando bastante mal.

—En otra ocasión, señor Shuler. Ocurre que no podemos beber durante el servicio. De todos modos, gracias, y hasta la vista. No se molesten, por favor...

Abrió la puerta y Joe Shields y Boyd Weible salieron del *living*, después de dejar entrar a la madre de Howard Shuler, que parecía haber estado esperando aquel momento.

Y al mismo tiempo que veía a la muchacha en el vestíbulo, Pat Butchers oía decir a la señora Shuler:

—Hay una muchacha ahí fuera que quiere veros, Howard.

—¿Vernos? ¿A quién, madre?

—A ti, a Leo, a Gerald.

—¿A los tres?

—Sí. Estuvo en casa de Gerald y le dijeron que estabais los tres aquí. Quiere daros algo, creo.

—Pues... Bueno, hazla pasar, claro...

Pat se había quedado junto a la puerta, cachazudamente. No parecía tener ninguna prisa. Shields y Weible lo esperaban ya en la puerta, y mientras la muchacha entraba en el *living*, Pat hizo una seña a los otros agentes y entró detrás de la muchacha.

Ésta había sacado tres paquetes de idéntico tamaño y envueltos del mismo modo. No eran unos paquetes muy grandes.

—¿Señor Shuler...?

—Servidor, señorita.

—Traigo...

Estaba alargando el paquete que llevaba escrito el nombre de Shuler, pero se quedó inmóvil al ver a Pat Butchers dentro del *living*; cosa que ciertamente no esperaba, ya que parecía que aquel hombre se iba a marchar.

—Siga, señorita —sonrió Shuler—, no se preocupe.

—Quisiera... Bueno tengo que estar segura de que ustedes son Leonard Jenkenson, Gerald *Waters* y Howard Shuler.

—Lo son —dijo amablemente Pat—. Puede estar segura. De todos modos no estaría de más que usted pidiese ver sus documentos de identidad.

—Yo lo... Oh, sí, lo preferiría.

Los excombatientes enseñaron sus documentaciones respectivas, mirando con admiración y cierta benévola burla a la muchacha.

Ella dijo:

—Bien, entonces...

—¿Me permite?

Ella parecía reacia a entregar los paquetes. Pat había comprendido que no lo haría en su presencia, y como, desde luego, no pensaba marcharse tomó el camino más rápido: quitó los tres paquetes de manos de la muchacha tan rápida y hábilmente que ella no pudo evitarlo de ningún modo.

—¡Oiga, esos paquetes no son para usted...!

—Lo sé. Pero como no han seguido el camino oficial de correos nadie va a denunciarme por violación de correspondencia, delito federal muy extendido y muy fastidioso. De todos modos, sólo quería examinarlos un poco.

Los apretó suavemente. Luego los sopesó uno a uno, y por fin, fue aplicándoselos al oído. Después entregó a cada uno el suyo, tras comprobar que los nombres y direcciones habían sido escritos con mayúsculas y, muy probablemente, con la mano izquierda.

—Bien, ya pueden abrirlos.

—¡Oh!, no —exclamó la muchacha—. No es necesario que los abran ahora, no. Nosotros nos vamos y así...

Parecía que iba a dirigirse hacia la puerta, pero Pat la tomó amablemente de un brazo, reteniéndola junto a él.

Jenkenson fue el primero en abrir el paquete. En seguida, uno de los fajos de billetes se decantó, saliendo del paquete hacia la mesa redonda del centro del *living*. Todos se quedaron estupefactos, excepto la muchacha. Shuler y *Waters* se apresuraron a abrir sus paquetes, mostrando también los fajos de billetes.

—Por..., por mi abuela —tartamudeó Jenkenson. Aquí hay más de..., de... ¡Yo qué sé cuánto hay! ¡Qué barbaridad!

—Cuéntenlo —sugirió, muy amablemente, Pat—. Así sabremos

cuánto hay en total. Déjeme ayudarle, *Waters*... No se vaya, señorita; se lo ruego. No es necesario molestar a mis compañeros trayéndola de nuevo aquí. ¿No le parece?

Los fajos de billetes fueron contados rápidamente.

—Cien mil... dó..., dólares —volvió a tartamudear Jenkenson.

—Lo mismo yo —dijo Shuler.

—Y lo mismo su amigo —informó Pat, acabando de contar el dinero—. Trescientas mil dólares en total. ¿Alguna herencia?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella? —Gruñó *Waters*.

—Por supuesto, a ella se lo estoy preguntando. ¿Quién es usted, señorita?

—¿Y quién..., quién es usted?

—Por favor, disculpe: Pat Butchers, agente del FBI. Quiero advertirla que usted no está obligada a darme ninguna explicación... ahora.

—Pero está obligada a darnosla a nosotros —intervino Shuler—. ¿Qué significa esto, señorita?

—Yo... debo marcharme. Me están esperando...

—¿Qué demonios dice? —Aulló Jenkenson—. ¡Nos trae cien mil dólares a cada uno y dice que tiene que marcharse! ¡Usted no sale de aquí hasta que nos dé una explicación! ¿Quién es usted y qué significa este dinero?

Mimí Colvard estaba pálida. ¡Qué precipitada y tonta había sido!

—Por favor... No sé nada... No...

—¡Oh!, vamos, cálmese —recomendó Pat—. Está usted entre amigos, señorita..., señorita...

—Me..., me voy...

Pat se echó a reír sin burla, simplemente divertido.

—Mire, yo creo que no la van a dejar marchar tan fácilmente. De modo que me atrevo a sugerirle que les dé una explicación a estos caballeros. Es un buen consejo, créame.

—No, no... ¡Oh!, no...

—Por otra parte, en mi condición de agente federal puedo ocasionarle muchas molestias. Comprenda: trescientos mil dólares es una cantidad enorme, y luego, esto de llegar, repartir cien mil dólares a cada uno y marcharse... ¿No se da cuenta, señorita? Se le pueden pedir muchas explicaciones. Puede estar segura de que nos las dará, porque nos vamos a poner muy fastidiosos. Claro que

nosotros preferiríamos ser amables, entiéndalo.

—Les aseguro... ¡Oh!, yo no puedo decirle nada. ¡No puedo!

—Veamos si la ayudo —sonrió Pat—. Voy a intentarlo con sólo unas palabras. Y son: ¿Conoce usted a un hombre llamado Terrill Williams?

—¡No!

Mimí había palidecido. *Waters*, Shuler y Jenkenson miraron sorprendidos, casi sobresaltados, a Pat; pero comprendieron en seguida que el *G-man* había dado de lleno en el blanco y se quedaron inmóviles, desconcertados. ¿Cómo había llegado Pat Butchers a pensar semejante pregunta? ¿Qué clase de asociación de ideas tenía aquel hombre?

Pat estaba riendo.

—¡Por favor! ¿Pretende que alguien crea que no conoce a Terrill Williams después de ese grito de defensa? En realidad ha sido como si usted gritase «¡Sí!».

—No... No..., no...

Pat se acercó a ella, la tomó de una mano y le dio unas palmaditas cariñosas.

—Venga, siéntese. Eso es. Tranquila. ¿Cuál es su nombre?

—Mimí... Mimí Colvard.

—Un nombre muy bonito. ¿Qué tiene usted que ver con Terrill Williams?

—Nada... ¡Le juro que...!

—Vamos, vamos. Mimí, sea buena chica. Mire, yo comprendo que a usted la traiga de cabeza Terrill Williams. Sé que es un gran tipo, muy atractivo... De acuerdo en eso. Sin embargo, creo que se ha metido usted en un lío. Veamos: ¿Querrá creerme si le digo que lo que yo pretendo es ayudarla a usted y a Williams? Se lo digo sinceramente.

Mimí le miró con los ojos muy abiertos. Bueno, tenía que ser verdad, porque aquel hombre no parecía capaz de mentir: y ella no sabía que un agente del FBI aprende la asignatura «mentir» como cualquier otra.

—Eso es —sonrió Pat—. Ahora empiece usted a confiar en mí. Es lo mejor que puede hacer, créame. ¿Dónde está Williams?

—Usted... es del FBI...

—Ciertamente; lo dije antes.

—¿Usted también quiere matar a Terrill?

Shuler, Jenkenson y *Waters* lanzaron una exclamación a la vez. Pat los apaciguó con un gesto rápido, casi furioso.

—¿También, Mimí? —deslizó cariñosamente—. ¿Quién más ha querido matar a Terrill?

—No..., no lo sé...

—Pero sabe dónde está él, ¿no es así?

—No lo sé, no... ¡No lo sé!

—Lástima.

Mimí miró asombrada al agente federal.

—¿Lástima? ¿Por..., por qué dice eso?

—Bueno, si alguien ha querido matarlo no creo que desista fácilmente. Y supongo que Terrill está solo.

—¡Oh, sí!

—Bien, un hombre sólo corre peligro cuando varios quieren matarlo.

—¡Oh!

—Es cierto, Mimí; créame.

—Pero nadie..., nadie sabe dónde está él...

—Le diré una cosa, Mimí: las personas corrientes no sabrían cómo encontrar a Terrill. Pero hay cierta clase de personas que sí sabrían cómo encontrarlo. Mientras nosotros estamos perdiendo el tiempo aquí es posible que varios hombres hayan localizado ya a Terrill y estén estudiando la forma de matarlo.

—Eso no..., no es verdad.

—Sí es verdad. Mire usted a los tres amigos de Terrill. Cada uno de ellos daría su vida ahora mismo por saber dónde está para poder ayudarlo. Y son hombres que difícilmente se bastan a sí mismos. Son los hombres sobre los cuales Terrill Williams ha volcado toda su amistad.

Mimí miró a los excombatientes.

—¿Ellos? —susurró.

—Ellos, Mimí. Si usted piensa que yo quiero engañarla, quizá acierte. Pero míreles a ellos.

—No..., no entiendo esto. El me dijo..., Terrill me dijo que ellos eran sus..., sus cómplices. No, no fue así. Creo que dijo que habían sido sus cómplices o que lo eran en cierto modo. Algo así...

—Fueron sus cómplices. Pero no ahora, sino en Corea. Terrill

Williams tiene un especial sentido del honor y del humor. ¿Usted le quiere?

—¡Oh, sí!

—Entonces tome una decisión: o me dice dónde está y vamos a ayudarlo o perdemos aquí las horas con sus negativas y así damos tiempo a ciertos hombres para que lo maten.

—De verdad que no entiendo...

—¡Por favor, Mimí! —Se impacientó Pat.

—¿Usted va a ayudar a Terrill?

—En la medida de mis fuerzas, sí. ¿Dónde está él?

—Doscientos cuarenta de Rocher Street, Brooklyn (Nueva York).

Lo dijo a toda prisa, sin resistirse más. Pat Butchers lanzó un suspiro.

—¡Santo Dios, por fin! ¿El no le ha dicho lo que está tramándolo lo que piensa hacer?

—Sólo..., sólo sé que él y yo vamos a salir hacia Miami... esta noche en avión.

—¿Y este dinero?

—El me pidió que lo trajese. Dijo... ¡Oh!, de verdad que dijo que era para sus cómplices.

—Bueno, Williams debió querer decir para sus «compinches», que no es lo mismo. A menos —se volvió hacia los tres veteranos—, a menos que ellos sepan algo que no quieren decir.

—Oiga —gruñó *Waters*—. Si tiene alguna pregunta estúpida que hacer, hágala pronto.

—Ninguna pregunta —rió Pat—. Ya no hay preguntas, muchachos.

## CAPÍTULO VI

—¿Qué ocurrió, Pat?

—Tenemos a Williams, señor.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En Nueva York. ¿Ha visto a la chica?

—¿Tú qué crees?

—Que la ha visto. Ella ha traído trescientos mil dólares, de parte de Williams, para *Waters*, Shuler y Jenkenson. Cien mil para cada uno.

—Entonces ¿crees que estábamos en lo cierto?

—Juraría que sí.

—Trescientos mil dólares... ¿De dónde los habrá sacado? No era hombre que tuviese una gran fortuna, según nuestras indagaciones.

—El caso es que los ha conseguido.

—¿Qué ha dicho la chica?

—La pobre está en la luna o muy cerca.

—¿Y esos tres muchachos?

Pat Butchers soltó una risita.

—Si quiere que le rompan la cara, señor, vaya allá a insultar a Terrill Williams.

—Mi cara está bien así —sonrió Cotter—. Entiendo que, para esos chicos, Williams es algo... especial.

—Digamos que estoy entero porque me respalda el FBI, señor. En serio; oyendo a esos muchachos uno comprende que Terrill Williams ha hecho lo que ha hecho por algún motivo bien fundado. En cuanto a los trescientos mil dólares, podemos suponer fácilmente de dónde los ha sacado.

—¿Crees que esos muchachos saben algo de la verdad?

—Ni remotamente. Son tres angelotes. Estoy seguro de que en Corea dieron su trabajo, pero en nuestro terreno son de esa clase de muchachos que nos caen simpáticos. Para ellos, las cosas sólo tienen

una explicación.

—Está bien. Ve a Nueva York, localiza a Williams y quítale lo que sea que él tiene.

—Presumo que está en peligro. ¿Le ayudamos?

Max Cotter se acarició la barbilla.

—Ayudadlo.

—Sí, señor.

—Pat, pero sólo hasta cierto límite. Cíñete a lo que realmente importa. ¿Estamos? Al fin y al cabo, nadie le pidió a Williams que se jugase el pellejo.

Pat Butchers miró la colilla del cigarrillo que le había dado su jefe y amigo.

—Nadie, señor; en efecto —susurró—. Si acaso, solamente un sentimentalismo terrible, una amistad increíble y un avasallador deseo de justa venganza. Si Terrill Williams fuese mi amigo y yo no tuviese piernas, como le ocurre a Howard Shuler... Bueno, yo iría a Nueva York de todos modos a ayudarle.

—Tú tienes dos hermosas piernas —gruñó Cotter—. Ve a Nueva York y utilízalas. Pero utiliza también los sesos.

—Sí, señor.

Pat Butchers se apeó del coche. Cuando comenzaba a alejarse, Max Cotter lo llamó.

—Diga, señor.

—Pat, yo comprendo lo que piensas y sientes. Pero quiero recalcarte algo: tus piernas y tus sesos están al servicio del FBI exclusivamente.

—Sé eso perfectamente. Pero gracias por recordármelo, señor.

## CAPÍTULO VII

Después de haberle dado mil dólares a Mimí y de haber pagado sus nuevas ropas y alquilado el coche, a Terrill Williams le quedaban algo más de cinco mil dólares, lo cual no estaba nada mal. Sus ahorros, después de quedarse con el dinero de Lloyd Payne, habían aumentado bastante.

Bueno.

Al fin y al cabo, sus gastos también habían sido originados por Lloyd Payne.

Terrill miró, quizá por milésima vez, el pequeño paquete que había colocado horas antes sobre la mesita del *living*. Ni siquiera era tan grande como un garbanzo, pero valía trescientos mil dólares.

Es decir... Bueno, trescientos mil dólares era un precio ciertamente arbitrario. Lo mismo podía valer tres centavos que tres millones. De un modo u otro, él había cobrado trescientos mil dólares. Y no pensaba cumplir su compromiso con Ylinof y compañía.

No.

Lo que iba a hacer, en cuanto Mimí regresase, ya sabiendo que los trescientos mil dólares estaban donde tenían que estar, era enviar el «garbanzo» a su verdadero destino. Aquello parecía un lindo cuento, pero era una simple verdad en el mundo del espionaje.

Junto al diminuto paquete había un sobre blanco y grande, con la solapa doblada hacia afuera. En la cara del sobre sólo se veían tres letras: FBI.

Por lo menos, eran las ocho. O sea, que Mimí había salido de allí hacía unas ocho horas. El total del recorrido era de unas ciento cincuenta millas. Teniendo en cuenta el tráfico de Nueva York, y luego el tiempo perdido buscando a los hombres que debían recibir

cien mil dólares cada uno, el tiempo resultaba un poco justo. Pero, realmente, con un buen coche, Mimí ya debía haber vuelto.

—No importa...

La llamada a la puerta lo envaró. Se metió el «garbanzo» y el sobre en un bolsillo de su nuevo traje y sacó la pistola. Se puso en pie y fue hacia la puerta, colocándose a un lado.

—¿Quién es?

—Mimí.

¿Y bien?

¿No demostraba aquello que toda obra merece su recompensa? Y allí estaba ella. Luego todo había valido la pena...

Abrió la puerta, y Mimí se echó impetuosamente en sus brazos. Iba a decir algo, pero Terrill no la dejó. La estrechó con fuerza contra su pecho y la besó con mucha más fuerza en los labios.

—Mimí...

—Terrill..., hay tres hombres que...

De nuevo sonó una llamada a la puerta. Williams miró duramente a la muchacha. De nuevo las dudas.

—¿Quiénes son, Mimí?

—Te lo iba a decir. Tres hombres del FBI. Ellos me encontraron en la casa de Howard Shuler, y han venido conmigo. Dicen que quieren ayudarte...

Williams recobró la sonrisa.

—Bien. Entonces han sabido buscarme. Por eso dejé tantas huellas en el apartamento de Lloyd. Simple precaución: si yo no podía ponerme en contacto con ellos en el momento preciso, ellos iban a encontrarme a mí. Lo has hecho bien, Mimí, no te preocupes.

Mimí Colvard lanzó un profundo suspiro de alivio.

El la besó, más suavemente ahora.

—Siéntate, Mimí —sonrió cariñosamente—. Ahora ya no se podrá hablar nada más que de la verdad. Y quizá esa verdad no les guste del todo a los chicos del FBI.

—Lo que tú digas, Terrill.

Ella fue hacia el sofá donde él había pasado la noche anterior, y se sentó. Terrill quedó enfrente mismo de la puerta.

—¿Son ustedes del FBI? —preguntó alegremente.

La puerta se astilló en el acto y por varios puntos, lanzando trozos de madera y plomo contra Williams. Varias astillas se

clavaron en el cuello y rostro del «espía profesional», y, por fortuna, tan sólo uno de los plomos le alcanzó. La bala rasgó el costado izquierdo de Terrill, le hizo girar y lo derribó, más por la precipitación del retroceso, buscando quedar desenfilado de las líneas de tiro que por el impacto en sí. Las demás balas pasaron por encima suyo, silbando también cerca de Mimí.

—¡Terrill! —chilló la muchacha, poniéndose en pie.

La puerta continuaba recibiendo balazos y se estremecía por los que iban dirigidos a la cerradura. Alrededor de ésta, la madera se convertía en astillas rápidamente.

Williams saltó hacia Mimí, derribándola. Los dos rodaron por el suelo, cerca del sofá.

—¡Terrill, ellos estaban con tus cómplices..., me dijeron que eran agentes del FBI, y que querían ayudarte...!

—¡Calla, Mimí!

—¡Pero es que ellos...!

La puerta se había convertido en una auténtica criba, y la cerradura iba a saltar de un momento a otro. Terrill se puso en pie y corrió hacia la cocina arrastrando a Mimí tras él, a trompicones.

De un manotazo, Williams abrió la ventana de la cocina, que daba a la escalera de incendios.

—¡Vamos, sal por aquí!

—Pero ellos dijeron...

—¡Corre, Mimí!

Estaba segurísimo de que ella no le había traicionado.

—Terrill, te juro...

—Calla, Mimí, por favor...

—Pero quisiera... ¡Oh!, Terrill, lo siento... ¡Te... te quiero tanto!

Williams sonrió.

—Eso está muy bien. Toma, Mimí.

—¿Qué es esto?

—Tu pasaje. Ve a Laguardia y toma el avión. Nos veremos en Miami.

—¡No! ¡Iremos juntos allá, Terrill! ¡Tú dijiste...!

—Está bien, está bien... Éste es tu pasaje. Tómallo, ve al aeropuerto y aborda el avión. Ocurra lo que ocurra, yo tomaré el avión. Pero, aunque no sea así, abórdalo tú, Mimí. Si yo no pudiese tomar ese vuelo, tomaría otro.

—¡No! ¡Sé muy bien que si no vienes conmigo... si no tomas ese avión, es que habrás muerto!

—Entonces, tomaré ese avión —consiguió sonreír Terrill—. Te lo suplico, Mimí, márchate.

—Terrill, no..., no me pidas eso...

—¡No te lo pido esta vez! ¡Te lo exijo, te lo ordeno...! ¿Me estás entendiendo? Tienes tu pasaje para Miami, ¿qué más quieres?

—¡Ven conmigo! ¡Eso es lo que quiero!

—¡Márchate!

Le metió el pasaje en el escote, de un manotazo. Luego la besó rápidamente y la empujó hacia un extremo de aquel patio interior con abundantes ratas. No era un lugar elegante, precisamente. Por lo menos, Mimí iba a ganar algo con el cambio...

Ella corrió hacia donde Terrill la había empujado, pero volviendo la cabeza.

Alzó la cabeza y vio a tres hombres, apelotonados, como si los tres quisieran descender a la vez por la escalera de hierro. Alzó la pistola y disparó una sola vez.

Uno de los hombres vaciló, otro hizo fuego completamente desconcertado, a ciegas, y el tercero se llevó al primero hacia la ventana. Seguramente lo había herido. Terrill volvió a disparar, pero oyó el tañido tremolante del plomo al rebotar en uno de los barrotes de hierro, con lo cual supo que no había hecho blanco aquella vez.

El único hombre que había quedado en la plataforma se metió también en la cocina, comprendiendo que allí tenía las de perder, ya que mientras Terrill le veía a él perfectamente, debido a la luz de la cocina, él no podía ver a Terrill.

Éste dio la vuelta en cuanto aquel enemigo se metió en la cocina. No era ningún idiota, y, por lo tanto, no estaba dispuesto a aceptar la pelea. Mimí corría ya hacia la salvación. Bueno, él iba a hacer lo mismo...

Tropezó con algo que no podía ver. Una mano pasó bajo Su brazo derecho y tiró con fuerza de él hacia arriba.

—Por aquí, Williams. ¡Baje esa pistola! ¿No comprende que si quisiera matarlo, eso ya estaría hecho? ¡Vamos, de prisa! ¡Y no se preocupe por esos hombres del apartamento de Mimí: están listos para siempre! ¡Corra!

Los tres hombres casi cayeron rodando por la cocina en su precipitación por escapar a los disparos de Williams.

Uno de ellos estaba herido en el hombro. Había soltado la pistola y tenía la mano sana en el agujero de la bala, intentando contener la sangre.

—¡Maldita sea...!

—Tenemos que salir de aquí en seguida... Pero no por la escalera. Quizá nos estén esperando abajo, en el patio. ¡Vamos, Bill, deja de gemir y larguémonos pronto de aquí!

El que había hablado se pasó un brazo de su compañero por el hombro y le rodeó la cintura abajo. El otro salió primero de la cocina, precipitadamente.

Tan precipitadamente, que chocó contra el pecho de un hombre justo en el momento de verlo. Soltó un respingo y quiso utilizar la pistola. Una mano durísima le aferró su muñeca, y el *killer* tuvo la sensación de que le estaban rompiendo el hueso. Intentó golpear, pero todo lo que ocurrió fue que emprendió un vuelo sin alas. Cayó de espaldas, intentó sentarse, y entonces la punta de un zapato le acertó en la punta de la barbilla.

Sus dos compañeros, el uno abrazado al otro debido a la ayuda para el herido, estaban inmóviles delante de otro hombre, que les apuntaba con la pistola.

## CAPÍTULO VIII

Saltaron la valla los dos y Pat Butchers dijo:

—Regresemos al apartamento de Mimí, Williams. Pasó lo grave.

Terrill miró rápidamente a un lado y a otro. La calle estaba bastante animada, pues muy pocos minutos podían pasar de las ocho. Circulaban algunos coches. Pero, de momento nadie podía ver su herida en el costado, pues se había colocado casi pegado a la valla que acababan de saltar.

Butchers se sacudió los pantalones, sin dejar de mirar a Williams.

—¿Quién es usted? —preguntó Terrill.

—Pat Butchers, agente especial del FBI, encargado del caso del asesinato de Lloyd Payne.

—¿Sí?

—Oh, no sea tonto, Williams... ¿Dónde está Mimí?

—¿Qué sabe de ella?

—Tanto como usted —sonrió Butchers—. Es una chica estupenda y muy bonita. ¿Adónde fue?

—¿Cómo puede demostrarme que usted es un federal?

—¡Por el cielo, Williams! Esos hombres querían matarle, ¿no es así?

—¿Qué hombres?

—¡Los que subieron al apartamento de Mimí! Oiga, encontré a Mimí en casa de Howard Shuler, hemos regresado juntos a Nueva York desde Ellenville, y sólo queremos ayudarle..., y pedirle unas explicaciones. Pero si quisiera matarle podía haberlo hecho ahí dentro, en el baldío. ¿Por qué asesinó a Lloyd Payne?

—¿No han sido compañeros de usted los hombres que han disparado a través de la puerta?

—¡Claro que no! ¿Por quién nos ha tomado? ¿Por unos pandilleros de baja estofa? Oiga, éste no es sitio para hablar.

—Dígame; ¿quién disparó contra mí a través de la puerta?

—Está bien. Regresemos al apartamento de Mimí y allí se lo explicaré.

Terrill achicó los ojos, para que no se viera su expresión. Si le creían tonto, se haría el tonto. Estaba claro que no convenía matarlo... todavía. Interesaba más el microfilme.

No era ninguna estupidez suponer que aquellos hombres que dispararon contra la puerta eran cómplices del que decía ser agente del FBI, en cuyo caso lo de fallar los disparos y la tan oportuna aparición del tal Pat Butchers, podía ser una bonita treta para que él confiase en éste, y creyéndole un agente del FBI, le entregase el microfilme.

Estaban listos.

Ellos podían haber engañado a Howard Shuler y a Mimí..., pero no podrían engañarle a él.

—De acuerdo, Butchers. Regresemos al apartamento de Mimí, y allí hablaremos.

—Magnífico.

Echaron a andar, rodeando la manzana.

Miró de reojo a Pat Butchers. Un tipo listo. Un «listo» como Ylinof, seguramente, que iba a llevarse el gran chasco.

Entraron en el portal, que ya estaba oscuro.

—Hay siete escalones, Butchers —dijo Terrill, sonriendo en la sombra—. La luz está en la puerta, al final de los siete escalones. Yo la encenderé.

—Muy bien.

Comenzó a subir, por delante de Pat. Calculó exactamente lo que tenía que hacer.

Llegó al séptimo escalón, empujó la puerta de cristales opacos y metió la mano bajo el sobaco, en busca de la pistola. Oía perfectamente las pisadas de Butchers, de modo que...

¡Clock!

El golpetazo se lo dieron en la cabeza, pero pareció resonar en todo su cuerpo. Las tinieblas se llenaron de puntitos brillantes. Otro golpetazo, y supo que estaba cayendo...

Recobró el conocimiento. Delante suyo estaba el maldito Pat Butchers.

—Tranquilo, Williams. Yo fui quien le golpeó, pero seamos

sinceros: ¿no es lo que pensaba usted hacerme a mí?

Aquel Pat Butchers tenía una sonrisa tan simpática y cordial, que Terrill le correspondió con una suya, sin poder contenerla.

—Exactamente, Butchers.

—Bueno, ahora cálmese. Si se hubiese escapada, todo estaría yendo peor... Si está buscando el micro-filme, lo tengo yo. Y también tengo el sobre. Es usted un tipo desconcertante.

Había tres tipos apretados junto a él, en el sofá. Uno de ellos estaba herido, y parecía a punto de desvanecerse en cualquier momento. Los otros dos mantenían baja la cabeza, hosco el gesto. Y había dos hombres más, de pie, delante de aquellos tres y a la derecha de Butchers. Éste no empuñaba ningún arma, pero sí los otros dos.

Butchers señaló a los del sofá.

—Ésos son los que querían matarlo, Williams. Seguramente, usted pensó que estaban en combinación conmigo, y que así lo iba yo a confiar, le engañaría haciéndole creer que era un federal y le convencería para que me entregase el microfilme. Pero ya ve: tengo el microfilm, y no le he matado.

Butchers acabó su discurso con una sonrisa. Terrill lo miraba procurando no evidenciar demasiado su admiración por el simpaticote Butchers.

—¿Es usted, realmente, un agente del FBI?

—Así es. Y ellos dos —señaló a Shields y Weible— también lo son. Ocurrió que cuando llegamos, vimos un coche cerca del portal, dejamos que subiese sola Mimí, sin decirle nada, y cuando estos tres canallas la siguieron, Joe y Boyd los siguieron a ellos, y yo fui por detrás porque me supuse que usted escaparía por allí. Llegué un poco tarde, pues me hubiese gustado retener a Mimí. Bueno, supongo que ella está a salvo.

—¿Y yo?

—De momento, como usted sabe muy bien, tenemos que acusarlo de asesinato. Pero ya veremos qué ocurre al final, porque...

Pat metió la mano derecha en el sobaco, velozmente, y su pistola quedó encarada a la puerta del apartamento, en la cual acababa de sonar un golpe seco.

Shields y Weible miraban también hacia allí, pero no habían

dejado de mantener apuntados a los tres *killers*.

—¿Son ellos? —susurró Pat.

—Seguramente.

El *G-man* fue hacia la puerta y se puso a un lado.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Está Joe? —preguntaron.

—¿Qué Joe?

—Joe Shields y Boyd Weible.

Pat miró a Joe, y éste asintió con un gesto. Cuando la puerta quedó abierta, fueron visibles dos hombres delante de ella y otro detrás de ellos.

—¿Qué tal? —sonrió uno—. Éste se llama Andy, él es el doctor Ballard, y yo soy Morris.

Butchers estrechó las manos a los tres, sonriendo Cerró la mano y fue señalando:

—Joe Shields, Boyd Weible, Terrill Williams, y tres tipos que no abren la boca ni para respirar. Yo soy Pat Butchers.

—Vale. Joe nos dijo que había un herido, pero...

—Ahora hay dos. ¿Habéis traído un coche?

—Claro. Vaya —rió Morris, inclinándose sobre el *killer* herido—. ¿De modo que te han zumbado a ti esta vez, Fitzsimons? Ya veremos cómo sales de ésta, compadre. Míralo, Andy, el pobre Bill Fitzsimons parece un niño bueno castigado injustamente.

—Pobrecito ángel inocente...

Pat sonrió.

—¿Puedo ver vuestras tarjetas, Morris?

Morris y Andy se miraron. Hubo un intercambio de tarjetas, y luego todos rieron, guardando placas y tarjetas.

Morris comentó:

—Estos tipos del FBI son unos desconfiados.

Terrill miraba a unos y a otros, sonriendo sin darse cuenta. Grandes muchachos, sí, señor.

El doctor Ballard acabó de examinar la herida de Fitzsimons.

—No va a perderse nada porque espere un poco más —dijo—, y me parece que los atenderé mejor a los dos en «casa».

—Entonces, vamos allá —dijo Pat, mirando su reloj—. Son las nueve y cinco... Hace media hora que llamamos al inspector Cotter, a Ellenville, de modo que estará en la Delegación hacia las... once,

o poco más. Para cuando él llegue, quiero presentarle el trabajo en bandeja. En marcha. Y cuidado, Williams, esto ya no es broma. Recuerde que está detenido por el FBI.

A las once y veinte minutos de la noche, el inspector Max Cotter, de la Delegación de Newark, estaba en una de las oficinas de la de Nueva York, mirando las fotografías obtenidas del microfilme que Pat Butchers había quitado a Terrill Williams. Éste se hallaba sentado en una silla, y detrás de él estaba Shields y Weible.

—Muy bien —murmuró Cotter—: son unas fotografías muy interesantes... Sobre todo, la de Lloyd Payne. Ocho rostros, y una novena foto con ocho nombres americanos y otras tantas direcciones en... Tres en Nueva York y una en Washington, Boston, Baltimore, Filadelfia y Richmond. ¿Querrá explicar esto y la muerte de Payne, Williams?

—Sí, señor.

—Perfecto. Todos le escuchamos.

Terrill se pasó la lengua por los labios.

—Lloyd Payne y yo, junto con Gerald *Waters*, Howard Shuler y Leo Jenkenson, éramos amigos de siempre. Cuando lo de Corea nos enviaron allá y luchamos juntos. Por fin, una noche nos atraparon los coreanos y nos fueron llevando hacia el Norte, hasta que nos dejaron fijos en un campo. Nos metieron en una cabaña y nos tuvieron allá, apretados como bestias, durante más de un mes. Pasado ese tiempo, un día me sacaron de la cabaña y me llevaron a otra... Allí había unos cuantos hombres que comenzaron a hablarme del comunismo, y de cuáles eran mis ideas sobre eso...

Terrill Williams se estremeció un instante. Su rostro se había vuelto duro, casi fiero. Pat Butchers parecía un poco alterado. Presentía lo que iba a oír a continuación.

—Yo les dije..., que no tenía idea formada sobre doctrinas políticas y que si estaba en Corea era porque me lo habían ordenado. Entendí..., entendí que ellos sabían bastantes cosas de, mí en sucesivas conversaciones. Varios de nosotros fuimos pasando por aquellas... entrevistas...

—¿Incluido Lloyd Payne?

Terrill miró vivamente a Max Cotter.

—Desde luego. Nos daban cigarrillos, y, alguna vez, cerveza y

comida buena.

—¿Lavado de cerebro?

—Sí, señor. Ellos escogían a los inteligentes, y los iban... moldeando, con paciencia. No tenían grandes prisas. Creyeron que yo sería un buen elemento para ellos. Sabían que hablaba varios idiomas, que había practicado espionaje...

—¿Cómo sabían eso?

—Lloyd se lo dijo.

—¿Está seguro?

—Espere... A mí me fueron moldeando con mucha habilidad, pero ellos ignoraban que... Bueno, algunos hombres no tienen demasiado firme el carácter, ni del todo orientada la inteligencia, de modo que conseguían... volverlos del revés.

—¿Los convencían?

—Sí.

—¿A usted, no?

—Yo les hice creer que sí, y ellos lo creyeron. No podían sospechar, supongo, que mi mente y mis ideas fuesen demasiado firmes para dejarme engañar. Algunos compañeros fueron vencidos mentalmente por aquellos hombres; llegaba un momento en que no sabían ya ni qué pensar de nada. Entonces, con el cerebro lavado, los comunistas los iban adoctrinando de acuerdo a sus conveniencias. Estos pobres muchachos tenían cierta disculpa, porque ni siquiera sabían lo que hacían, y al final, ellos mismos estaban convencidos realmente, de que nada había en el mundo mejor que el comunismo. Sabían que si sus respuestas a las preguntas que les hacían eran las correctas, tendrían tabaco, buena comida y sonrisas. Si sus respuestas se alejaban de las que debía dar un perfecto comunista, eran golpeados, maltratados de un modo terrible... Tenían que acabar diciendo que sí a todo, y aprendiendo las ideas comunistas. Finalmente, digo, se convertían en comunistas auténticos, si bien no sabían que sus mentes habían sido desequilibradas.

—¿Eso no ocurrió con usted?

—No. Ni tampoco con Lloyd Payne. Nuestra fuerza moral y mental era demasiada para ser vencida. Más bien, nosotros comprendimos que debíamos ceder ante el empujón, y no hacerle frente. Ceder como un elástico, y esperar el momento de recuperar

nuestra verdad.

—¿Lo consiguieron?

—Por supuesto —sonrió Williams—. ¿O cree usted que mi mente está desequilibrada, ganada al comunismo?

—Siga, Williams. ¿Les ocurrió algo así a sus amigos de Ellenville?

—¡Oh!, no. —Terrill sonrió suavemente—. Gerald, Howard y Leo eran muchachos de piedra. No admitían nada. Lo pasaron muy mal en aquel maldito lugar...

—Tenemos entendido —dijo Pat— que usted les ayudó mucho allá, Williams.

—No quisiera parecerles presuntuoso, pero opino que fui yo quien los mantuvo vivos, en todos los aspectos. Ellos eran unos cabezotas, y pagaron las consecuencias. Algunas veces los golpearon o los pincharon con las bayonetas, por cosas que habían dicho. Cosas que sólo sabían ellos tres, Lloyd, Payne y yo.

—¿Quiere decir que Payne los delataba?

—Naturalmente.

—Usted no puede asegurar que él era un delator.

—Era un delator, un traidor, un vendido. ¿Por qué cree que no lo maté en cuanto llegamos a la patria? He estado esperando varios meses, porque quería convencerme de que él cobraba por traicionar a sus amigos y a su patria. Cuando lo repatriaron, Lloyd Payne ya había aceptado, en aquel campo, ser un espía contra su patria, por dinero. Durante meses le he estado vigilando, gastando mis ahorros. Tenía un plan formado... Y lo he conseguido.

—¿Se refiere a los trescientos mil dólares?

—En parte.

—En tal caso, usted también ha querido dinero. Williams.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Cuánto me he quedado yo de los trescientos mil dólares?

—Ni un centavo... ¿Era para ellos, para sus amigos?

—¡Claro que sí! Cien mil dólares para cada uno. Aunque sean unos mutilados, unos... inútiles, ya no tendrán que preocuparse más en su vida. Ellos lo merecían, y yo lo he hecho.

—¡Por Dios! —Susurró Pat, mirando a Cotter—. Eso es admirable, señor. Con razón aquellos tres muchachos me hubiesen roto la cara, si continuó...

—Calla, Pat. ¿Qué más, Williams?

—Estuve siguiendo a Lloyd a todas partes, gastando mis pocos ahorros que dejé cuando me enviaron a Corea. Cuando tuve las fotos de esos hombres y comprendí que eso iba a ser todo en relación con Lloyd, que no me haría conocer a nadie más, y que aquellos siete hombres y direcciones iban a ser todo, maté a Lloyd. Luego vine a Nueva York, entré en contacto con un hombre llamado Ylinof, pero que aquí se hace llamar Forrest Devine, y le pedí trescientos mil dólares por el microfilme. Le hice comprender que sabía mucho, le coloqué un micrófono en su apartamento...

Explicó toda aquella parte. Cuando terminó, Cotter preguntó:

—¿Y qué pensaba hacer con el microfilme? ¿Enviárnoslo a nosotros?

—Sí, señor. Ya tenía el dinero para mis amigos, ellos lo habían recibido. Entonces, ¿había algo que me impidiese fastidiar aún más a Ylinof y a los otros seis, después de matar a Lloyd? Les delataba, ustedes los atrapaban a ellos y seguramente a otros más, pues supongo que aprovecharían bien a los siete que yo les entregaba...

—De eso puede estar seguro, Williams; en cuanto tengamos a estos siete, la redada va a ser de las que marcarán época... Ha hecho usted un buen trabajo.

—Gracias. Oiga, ese dinero, los trescientos mil dólares...

Mat Cotter sonrió.

—Bueno, si nadie lo reclama es que está bien donde está..., por lo que a mí se refiere, claro...

—Gracias, inspector. Ellos... son unos chicos... estupendos...

—Usted también lo es, Williams. Con las dos heridas últimamente recibidas, son ya cuatro, más dos bayonetazos; todas ellas, con un total de seis, recibidas en una labor desinteresada, buscando el beneficio de sus amigos y de su patria... Sin embargo, usted ha asesinado a un hombre.

—¿Se refiere a Lloyd Payne?

—Claro.

—Bueno; es cierto que lo quería matar como a un perro, y no voy a negar que lo maté, de ninguna manera. Pero aunque yo no hubiese ido con intenciones de matarlo hubiese tenido que hacerlo, porque él sacó una pistola...

—¡Legítima defensa! —chilló Pat Butchers—. ¡Señor, si Payne

sacó una pist...!

—¡Cállate, Pat!

—¡Pero, jefe...!

—¡Cállate! Ahora tenemos mucho trabajo que hacer. ¡Boyd!

—Estoy aquí, señor.

—Pasa aviso a Washington, Boston, Baltimore, Richmond y Filadelfia, de que apresen a los hombres cuyas fotos van a recibir por velofoto, desde aquí mismo —se volvió hacia el silencioso jefe de la Delegación de Nueva York—. ¿Alguien puede ayudar a Boyd, Stevenson?

—Desde luego. Mis chicos ya han hecho un montón de copias de ese microfilme. Podemos empezar la redada cuando quiera, Cotter.

—Ahora.

—Perfectamente, Morris; llévate a Boyd abajo, enviad esas fotos y nombres falsos, y, mientras, que reúnan unos cuantos muchachos —se volvió hacia Max Cotter—. Supongo que nosotros vamos a encargarnos ahora mismo de los tres de Nueva York, Cotter.

—Desde luego.

La cosa se puso en movimiento. En pocas horas, siete hombres que habían estado ejerciendo el espionaje en contra de los Estados Unidos, serían atrapados. Y después de esos siete, irían cayendo otros, cuando cada uno de esos siete, quizá, fuese apuntando nombres...

Pat Butchers tocó a Cotter en un hombro.

—Señor...

—¿Qué pasa ahora?

—Bueno... ¿Qué pasa con Williams? Su avión sale dentro de una hora y cuarto.

—Habrá que juzgarlo, Pat; olvídate de ese avión.

—Pero nadie va a condenar ni siquiera a un cuarto de hora de prisión a un hombre como Terrill Williams, señor. Conforme en que se le juzgue, para que se quede tranquilo, y absuelto, y felicitado por todos. Pero mientras tanto... ¿qué de malo tiene que se vaya a Miami? El es un tipo inteligente. Vendrá a ser juzgado cuando le llamemos, seguro..., para regresar al día siguiente a Miami, porque lo absolverán; usted lo sabe perfectamente.

Max Cotter miró fijamente a Terrill Williams, que sostuvo la mirada con firmeza, tranquilo y sereno.

—Lárguese ya de aquí, Williams.

Dio un gruñido y salió de la oficina. Pat Butchers le guiñó un ojo a Terrill, y ya se iba a marchar cuando el «espía profesional» dijo:

—Déjenme ir con ustedes, Pat. Yo les descubrí a esos cerdos, ¿no es así? Déjenme ver cómo los llevan al matadero.

Pat vaciló un instante.

—Esto... Conforme, Williams, venga conmigo.

## CAPÍTULO IX

Wilbur Lupatk se sirvió otra dosis de *whisky*.

Estaba sentado junto a una de las ventanas que daban a la calle, cada vez más impaciente, cada vez más nervioso, más inquieto. Tanto, que la mano le temblaba visiblemente.

«Kuznet —se dijo—: algo va a salir mal... Muy mal. Si Ylinof y Noseko no han regresado todavía es que algo va a salir mal... Ya deberían estar aquí».

De cuando en cuando, a intervalos tan regulares que presagiaban claramente el mal estado de la herida, el hombro latía casi con violencia; era como un «tam-tam» interior, que funcionaba a ritmo de sangre en mal estado. Y cada vez, el hombro parecía hincharse y deshincharse. Aquel maldito Cicero le había clavado bien la bala. Y sus compañeros no le habían atendido como era necesario. McMurtry había dicho que había tenido suerte, que la bala no se había quedado dentro ni había interesado el hueso...

¿Y qué?

Lo cierto era que, después de veinticuatro horas, él, Wilbur Lupatk, por nombre falso, y Kuznet, por verdadero, sabía que la herida traería consecuencias desagradables.

«Tengo..., tengo fiebre...»

Se tocó la frente.

Y fue entonces cuando vio el coche que se detenía en la calle. De él se apearon algunos hombres; no hubiese podido contarlos.

Pero podía olerlos. Era algo especial, no en el olor, realmente, sino en el porte de aquellos hombres, en su aspecto, en su manera de moverse.

—Ahí están.

Tenía la pistola al alcance de su mano. Podía haberla empuñado y disparar un par de veces. Seguramente habría matado a alguno de aquellos hombres. Pero... ¿y qué? ¿Qué iba a ganar con ello? Nada.

En cambio, podía perder...

Se puso en pie, y, al moverse, derribó la botella de *whisky*, que reventó contra el suelo. No hizo caso. Miró por la ventana, cogiendo la pistola, dispuesto a matar. Entonces, se sentía furioso. Pero ya no podía hacer nada, porque a nadie veía... Había pasado la oportunidad de morir matando.

Tropezando con sus propios pies fue hacia el aparador. Cogió una botella de *whisky* intacta, y la rompió contra el borde del mueble, sin importarle nada. Luego se dejó caer de rodillas y buscó por el suelo, hasta encontrar la cápsula de metal.

Había llegado el gran momento. El momento temido por todos los espías: el momento en que había que cerrar la boca de un modo definitivo.

Desenroscó la cápsula de metal. Luego vertió el polvo que contenía, en una de sus manos. El cianuro era el último recurso cuando todo iba mal.

—Adiós, Rusia —dijo.

Extendió la mano y abrió la boca, acercándola al pequeño montoncito de cianuro. Con un solo gesto, aquello pasaría a su estómago. Y cinco segundos después, todo estaría bien, todo estaría en calma, todo habría terminado.

¡Planggg...!

El disparo pareció resonar en el interior de su cerebro. La mano se convirtió de pronto, en un pingajo sangriento, los polvos desaparecieron...

Como atontado, sin sentir siquiera el dolor, Wilbur Lupatk, por verdadero nombre Kuznet, miró hacia la puerta de la cocina.

Allí estaban los dos hombres.

Uno de ellos tenía una pistola en la mano. El otro estaba atrás, y lo miraba fijamente. Conocía al de atrás: Cicero. El maldito Cicero que lo había echado todo a perder...

El que había disparado dijo:

—Bien, señor Lupatk; esto ha terminado. Ya, ni siquiera tiene cianuro.

Wilbur Lupatk miró su mano: estaba destrozada por el balazo, sangrante. La sangre caía hacia el suelo, no a gotas, sino en un chorro casi grueso, obsesionante.

Cicero se adelantó hacia él, lo puso en pie, y lo tiró sobre el sofá

de un tortazo que resonó en todo su cuerpo, violentamente. Cuando quiso moverse, la boca de una pistola estaba ante sus ojos.

—No se mueva, Lupatk —gruñó Pat Butchers—; le repito que todo ha terminado.

Kuznet, alias Wilbur Lupatk, miró hacia la cocina. En efecto, todo había terminado. El tenía una casa de la cual era muy fácil escapar, pero a la cual también resultaba fácil entrar por varios sitios. Comprendía la trampa demasiado tarde: mientras él veía a aquellos hombres que se apeaban del coche, aquellos dos habían entrado por la cocina...

—Williams, vaya a abrir la puerta.

—En seguida, Pat.

En un segundo, la casa se llenó de hombres y de luz, de pisadas, de voces, de advertencias. La luz cegaba a Lupatk. Cada instante que pasaba le acercaba al desvanecimiento.

Oyó una voz:

—Vea esto, señor.

Y otra:

—¿Qué es?

—Una tira de fotografías... Un león, un elefante, un canguro, un cuervo...

Oyó una risa, y supo que era la de Cicero. Le oía hablar, pero no entendía lo que decía...

Unas manos le cogieron rudamente por las solapas.

—Lupatk —dijo alguien—: ¿dónde están Forrest Devine y Charles McMurtry?

Quiso reír despectivamente, pero una de aquellas manos le soltó una bofetada y le clavó los labios contra los dientes.

—¡Escuche esto: no están en sus respectivos domicilios; sabemos eso porque varios hombres han ido para allá y nos lo han comunicado! ¿Dónde están?

Consiguió reír burlonamente. Aquella misma mano le destrozó los labios. Casi en seguida, algo que debía ser un bloque de hierro pareció partirle la barbilla en dos.

—¿Dónde están, Lupatk? ¿Dónde están? ¿Dónde están? ¿Dónde...?

Lupatk no sentía el dolor de los furiosos golpes. No pudo ver a Pat Butchers apartando a Cicero, ni supo siquiera que había sido

éste quien le había golpeado.

—¡Déjalo, Williams!

—¡El sabe dónde están!

—Pronto veremos eso...

Entonces, una voz suave comenzó a deslizarse en el oído de Lupatk. Una voz amiga, dulce, amable, cariñosa... Una voz que hablaba en ruso, con un extraño acento. La voz hacía preguntas, preguntas, preguntas... Y él fue contestando, despacio en ruso, sonriendo, con el espíritu lejos de allí...

Pat Butchers se incorporó. Max Cotter se colocó junto a él, fruncido el ceño.

—¿Qué ha dicho?

—No lo sabe... No sabe dónde están los otros dos.

—¡Pero algo ha tenido que decir...!

—Desde luego, señor.

—¿Y bien?

—Me ha parecido entender que Forrest Devine y Charles McMurtry fueron con los tres *killers* profesionales al apartamento de Mimí Colvard.

—¿Los visteis?

—No, señor. Esta gente se ha movido bien... Encontraron el coche de Mimí Colvard, vieron su nombre allá, buscaron su dirección en el listín telefónico, y la localizaron... No querían mezclarse directamente en las muertes de Williams y la chica, así que encontraron tres asesinos a sueldo.

—A esos los tenemos... ¿Qué más?

—Bueno...

—¡Al grano, Pat!

—Según entendí, esta gente no creía que Terrill Williams tuviese un microfilme tan comprometedor. Les..., les envió una cosa rara...

Max Cotter cogió la tira de fotos de un manotazo.

—¿Quizá ésta? —preguntó alegremente Joe Shields. Tras un rápido vistazo soltó un rugido.

—¿Qué demonios es esto? ¿Un zoológico?

Terrill Williams se adelantó:

—Se lo dije antes, inspector. Ésta es la tira de fotos que se quedaron Devine, McMurtry y Lupatk, cuando la pelea en el puente

de Brooklyn.

—Ah, sí... Diantres, esto no va a ayudarnos a encontrarlos.

—Lo siento inspector.

—Está bien, Williams; usted hizo demasiado, y no creo...

—¡Un momento, jefe! —chilló Pat Butchers—. ¡Los tengo..., los tengo a los dos, aquí, en mi mano...!

—¿Sí? ¿Cómo?

—Veamos: ¿qué contiene esta tira de fotos?

—¡Oh!, pues... Un elefante, un león, un canguro... Divertido... Muy divertido.

—Señor: Forrest Devine y los otros dos pagaron trescientos mil dólares y pico por esas fotos.

—Eso lo sé... ¡Espera!

Max Cotter se pegó un puñetazo con la mano derecha en la palma de la mano izquierda.

—¡Exacto, señor! —rió Pat.

—Por... ¡Por el diablo! ¡Claro! Ellos recogieron estas fotos, las revelaron y vieron estos bichos. Entonces llegaron a la conclusión de que Williams no tenía las fotos que había dicho tener. En tal caso, les conocía a ellos solamente. Y, como consecuencia lógica, ellos quisieron matar a Williams. No por conocer a los ocho hombres que le había dicho a Devine que conocía, sino porque conocía a Devine, McMurtry y Lupatk. Era suficiente para que los tres quisieran quitar de en medio a Williams, e incluso a esa chica llamada Mimí...

Pat Butchers apuntó:

—Querían asegurarse tanto de que los tres *killers* mataban a Williams y a Mimí, que fueron con ellos hasta el apartamento de la chica.

—Pero no subieron...

—No subieron, señor. Se quedaron abajo, en un coche...

—Y vieron a la chica saltar la valla de aquel baldío...

—Y la siguieron...

—¡Claro! La han seguido, y ahora están esperando que Terrill Williams se reúna con ella...

—Para matarlos a los dos. O, por lo menos, a Williams, que es el que conoce sus rostros y, cuando menos, según las deducciones que ellos han obtenido, la dirección de Forrest Devine. Devine y

McMurtry estaban esperando abajo el final del trabajo de los tres *killers*. Comprendieron que todo había salido mal cuando debieron ver a Mimí Colvard alejándose de allí. Entonces siguieron a la chica...

—Hubiesen podido matarla...

—Pero no lo hicieron. Les interesaba viva, para que Williams se reuniese con ella..., y matarlos entonces a los dos. Y si tenemos en cuenta que Mimí Colvard está en Laguardia esperando a Terrill Williams...

—¡Forrest Devine y Charles McMurtry están en el aeropuerto!

—Sí, señor. Esperan a Williams para matarlo.

—¡Por Satanás; vamos allá en seguida...!

Salieron corriendo de la casa. Un hombre corría hacia la casa en aquel momento, procedente del coche.

—¡Inspector Cotter!

—¿Qué hay?

—Han detenido ya a los hombres de Washington, Boston y Baltimore.

—¿Y el de Richmond?

—Según parece, está en un cine, señor.

—¿Y a qué esperan para detenerlo?

—A que termine el programa, señor.

Pat Butchers se echó a reír de buena gana. Cotter le dirigió una furibunda mirada, que no alteró en lo más mínimo al simpático y eficazísimo agente federal.

—¿De qué te ríes, idiota?

—Perdón, señor.

Cotter sonrió.

—Perdóname tú, Pat —pidió—. Verdaderamente, la cosa tiene su parte de graciosa.

—Así lo creo, jefe.

—Está bien. Ahora vamos a Laguardia.

Terrill Williams apareció ante Cotter.

—¿Pueden llevarme? —pidió—. De otro modo temo que perdería ese avión.

—Suba, Williams. Espero que nos comunique su dirección en Miami, y que venga inmediatamente que sea llamado.

—Con toda seguridad, inspector. Bueno...

—Diga lo que sea.

—Ocurre que se me ha ocurrido algo...

—¡Oh!, ¿sí? ¿Sobre qué?

—Sobre... Quiero decir que si mi plan saliese bien, íbamos a encontrar inmediatamente a Forrest Devine y Charles McMurtry.

Max Cotter se acarició la barbilla.

—Usted ha demostrado que de idiota no tiene nada. ¿Qué clase de plan es éste?

—Pues... ¿Qué hora es?

—Doce y diez.

—Entonces, podríamos...

## ESTE ES EL FINAL

Dentro de muy pocos segundos, el avión se elevaría sobre la pista, se alzaría, dejaría atrás Nueva York. Muy pocos segundos, menos de cien.

Lo cual quiere decir que Terrill no iba a llegar a tiempo para tomarlo.

Dos lágrimas aparecieron en los ojos de Mimí Colvard. Todo empezaba y todo terminaba en menos de un día, en menos de veinticuatro horas. En ese tiempo, conocía a un hombre, lo amaba, comprendía que él lo era todo, que él era la concreción de su larga espera, que nada tendría ya importancia si él estaba con ella... Y en menos de esas insignificantes horas, aquel hombre no aparecía, aquel hombre, quizá, estaba muerto...

Un coche apareció junto a las alambradas que separaban la sala de espera de la pista. Un hombre con barba, encorvado, torpete, se apeó del coche, pasó la puerta alambrada, y se dirigió con paso precipitado hacia el avión. Parecía a punto de caer en cualquier momento, a pesar del bastón.

Siempre quedan rezagados...

Cuando el vejete estaba a menos de treinta yardas del avión, casi en el mismo momento en que se disponían a retirar la escala, otro hombre apareció inopinadamente en escena: un hombre alto, de cabellos alborotados, atlético, rápido como una centella. Tan rápido y ágil, que no entraba en la pista por la puerta alambrada, sino saltando la muy alta alambrada, con gran facilidad, como si aquello fuese una tontería, ágil como el viento, rápido, veloz, seguro de sí mismo... Un hombre que vestía una vieja gabardina, unos pantalones cortos, unas zapatillas de baloncesto.

—¡Terrill! —gritó Mimí.

Al mismo tiempo, oía el chasquido de la puerta del aparato al cerrarse. Y casi en seguida, una voz pausada, armoniosa.

—Con permiso...

Alguien se sentó en el asiento contiguo al suyo. La voz de la azafata indicó amablemente que no fumasen, que se asegurasen los cinturones, que iban a despegar...

—¡No...! ¡No, no...!

Terrill corría hacia el avión que ya no podría tomar, porque la puerta había sido encajada. Las hélices comentaron a girar, el aire formó fuertes remolinos, se alzó el fino polvo...

De pronto, dos hombres aparecieron corriendo detrás de Terrill Williams. Mimí los vio alzar las manos, supo que en éstas había pistolas, vio los fogonazos... Terrill pareció tropezar con algo y saltó describiendo un perfecto salto mortal, para caer tres yardas más allá, rodar, y, casi en seguida, ponerse en pie y volverse hacia los dos hombres, con una pistola en la mano. Mimí vio los fogonazos, vio a tres hombres más corriendo por la pista, disparando contra los dos hombres que habían querido matar a Terrill.

Vio a éstos encogerse bajo el impacto de los balazos, los vio soltar las pistolas, tambalearse, caer al suelo...

Terrill corrió hacia el avión, que comenzaba a despegarse del suelo. Terrill agitaba los brazos alegremente, y parecía decir algo...

—No... No...

Cierto.

No era Terrill Williams: era Pat Butchers, vestido como Terrill, tan ágil y feroz, tan rápido y decidido como éste. Quizá más, mucho más... Pat Butchers le enviaba besos continuamente... Tuvo que tirarse al suelo cuando la cola del avión pasaba sobre él...

Mimí Colvard quedó casi ciega de tantas lágrimas que inundaban sus ojos.

—Pero... P-pero... Terrill, mi vida... ¿Dónde estás..., dónde estás ahora...?

Mimí Colvard sintió que la tocaban en un brazo. Se volvió, todavía sin ver bien, llenos sus ojos de lágrimas. Era el hombre ya mayor, el encorvado.

—¿Qué..., qué desea...? —gimió Mimí, mientras el avión se elevaba velozmente.

—Ese chico, Pat Butchers, es un tío de lo mejor del mundo. Un agente del FBI, simplemente —dijo el encorvado vejete, sonriendo

burlonamente—. Por cierto, Mimí, creo que no vas a llegar a tiempo a Miami para actuar esta noche.

—T-t-terrell... ¿E-eres tú, Terrill...?

—Creo que tengo algo así como cinco mil dólares, Mimí. ¿Qué tal te sentaría pasar la luna de miel en Miami?

FIN



**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANJA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
**ASEGURE LA RESERVA**  
**DE SU EJEMPLAR**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.**

